

# La Esfera

28 Octubre 1916

Año III.—Núm. 148

ILUSTRACION MUNDIAL



DE VUELTA DEL JARDÍN, cuadro de Emilio Ferrer

DE LA VIDA QUE PASA

LA AFICIÓN AL LIBRO

**A**CABA de regresar de París Ciges Aparicio, y se sorprende del número de periódicos y de casas editoriales—unas ya firmes y boyantes, otras en período embrionario ó de nebulosa todavía—que acreditan la marcha ascendente de la mentalidad española. De todos los aspectos con que la actividad de un país se manifiesta, éste es, á la hora presente y entre nosotros, el mejor, el más intenso y el más copioso.

Ciges Aparicio recuerda con horror, y al propio tiempo con cierta dulce vanidad—la legítima vanidad de quien ha vencido en una lucha fuerte—, las terribles circunstancias por que atravesaron los escritores de su generación, que es la mía también. Entonces—hace de esto quince ó dieciocho años—, fuera de algunos editores barceloneses, que aún no se habían enriquecido, y de *El Cosmos Editorial*, que fomentaba la nacional cultura con novelas de Malot y de Ohnet, no había quien se dedicase á publicar libros. El señor Lázaro, director de *La España Moderna* y persona de notable criterio, daba á la imprenta únicamente obras extranjeras de sociología, de filosofía y de crítica; los demás editores—señores ya viejos que conocieron las mocedades de Fernández y González y de Martínez Villergas—vegetaban dedicados á la lenta reimpresión de sus folletines.

La vida periodística era, asimismo, harto mezquina: los diarios sólo hablaban de política y de toros, pues la crónica y el cuento aún no se habían aclimatado entre nosotros, y en cuanto á las revistas mal llamadas «literarias», ó no admitían colaboración ó la pagaban á precios irrisorios. De las traducciones no hablemos: por traducir un libro de trescientas ó más páginas, se cobraban cincuenta pesetas... sesenta...

En estas condiciones, la lucha literaria era casi imposible; se peleaba por el pan de cada día... ó de cada dos días... y no quedaba tiempo de pensar en el laurel. Los que libraron de aquel durísimo calvario la salud, ya pueden darse por contentos.

—Esos cincuenta ó sesenta duros que hoy un aprendiz de escritor cobra por traducir un libro, hubieran constituido para nosotros, cuando empezábamos, un río de plata—dice Ciges.

Es cierto: en estos dos últimos lustros España ha progresado con evidente rapidez; el público lee muchísimo más, y ello ha enternecido el corazón de los antiguos lobos de la selva editorial y dignificado la profesión de autor. Afortunadamente, el tipo del editor tradicional, sórdido y pintoresco, es casi un recuerdo: hoy, el editor, es un amigo...

No debemos exagerar nuestras ilusiones, sin embargo; España todavía lee poco; todavía, para la gran masa de la nación, la lectura es un recreo, una superfluidad, y no lo que debiera ser: una necesidad. La mayoría de nuestros compatriotas leen «á ratos perdidos», leen—¡y gracias!—cuando no tienen nada que hacer, ó mientras llega el amigo á quien están aguardando, ó cuando llueve y un achaque cualquiera

les impide salir á la calle. El español tiene una hora para comer, una hora para asearse, una hora para meterse en la cama, otra para irse á charlar con la novia... pero no comprende que en su vida diaria haya una hora «para leer».

La verdad de esta afirmación puede comprobarse enseguida. Interroguemos á nuestros amigos: —¿Qué hace usted ahora?...

El interpelado, con nuestra característica franqueza meridional, nos pondrá inmediatamente al tanto de sus negocios: el médico nos hablará de sus enfermos; de sus pleitos, el abogado; de abonos y de cosechas, el agricultor; de deportes y de viajes, el caballero rentista...

Pues bien: cuando nuestro interlocutor haya acabado de explicarse, preguntémosle:

—Y ahora—porque todo no ha de ser trabajar ni divertirse—, ¿qué está usted leyendo?...

Estoy seguro de que á nuestras palabras sucederá un silencio. Nuestro amigo nos mirará asom-

brado, pareciéndole no haber oído bien. Seguramente necesitaremos repetir nuestra pregunta, y aun aclarársela. Después nos contestará:

—Nada; «en este momento» no leo nada.

Ese «momento» á que se refiere acaso dura años... porque hay millares de personas que, después de salir de la Universidad, gastan su vida y llegan á viejos sin haber tropezado en un libro. Su limitadísima curiosidad espiritual se satisfizo siempre con las informaciones del diario á que estaban suscritos y el semanario ilustrado que leían todos los domingos en la peluquería, mientras le llegaba el turno de afeitarse.

¿Cómo inculcar en las muchedumbres la afición al libro? ¿Cómo persuadir á nuestro sastre, á nuestro zapatero, á nuestro camisero, al empleado, al notario, al albañil, al gran núcleo, en fin, de nuestra sociedad, que el libro merece ser tan indispensable á la vida como el jabón, porque la lectura es al espíritu lo que al cuerpo es el agua?

¿Cómo modificar su idiosincrasia hasta hacerles sufrir «la necesidad física» de la lectura? ¿Cómo vencerles de que la novela ó el volumen de poesías, que distraen y mecen nuestra alma, y deslizan en ella una fragancia de jardín, deben ocupar en nuestra pobre vida de trabajo un lugar tan importante como el lecho, la mesa y el baño?

Para exaltar la afición al libro, el señor Mora, director de la *Pictorial Review*, cree que nuestra Asociación de Escritores y Artistas debía establecer «Premios» para aquellas personas que, mediante un sistema que se estudiaría, demostrasen haber leído cincuenta volúmenes, por ejemplo, al año.

La idea me parece excelente y digna de que los señores editores y libreros (con exclusión de los *de lance*) la tomen en consideración y todos de acuerdo la lleven á la práctica.

Leer cincuenta volúmenes al año, no es mucho; al mes, cuatro tomos de formato corriente, los lee cualquiera, con solo media hora diaria de lectura; y la Asociación de Librería hallaría, en el aumento de venta que esta idea había de ocasionar, una compensación al importe de esos «Premios» con que, estimulando la codicia, acicatearía en el público el amor al libro. Dichos «Premios» podían consistir, sencillamente, en el reembolso del setenta por ciento del importe total de los libros leídos.

En el larguísimo catálogo de las enfermedades mentales hay una—cuyo nombre he olvidado—y que los diccionarios de Medicina definen así:

«Horror á la letra impresa.»

Es una neurastenia eminentemente española, que en estos momentos en que la civilización camina hacia una fase nueva, nos estorba y nos pierde más que nunca. Acabemos con ella. Es preciso leer... ¡es preciso leer!...

Pero ahora pienso que este artículo nunca sea leído, gracias á la mortal neurastenia que consume á los españoles.

EDUARDO ZAMACOIS

ACTRICES ESPAÑOLAS

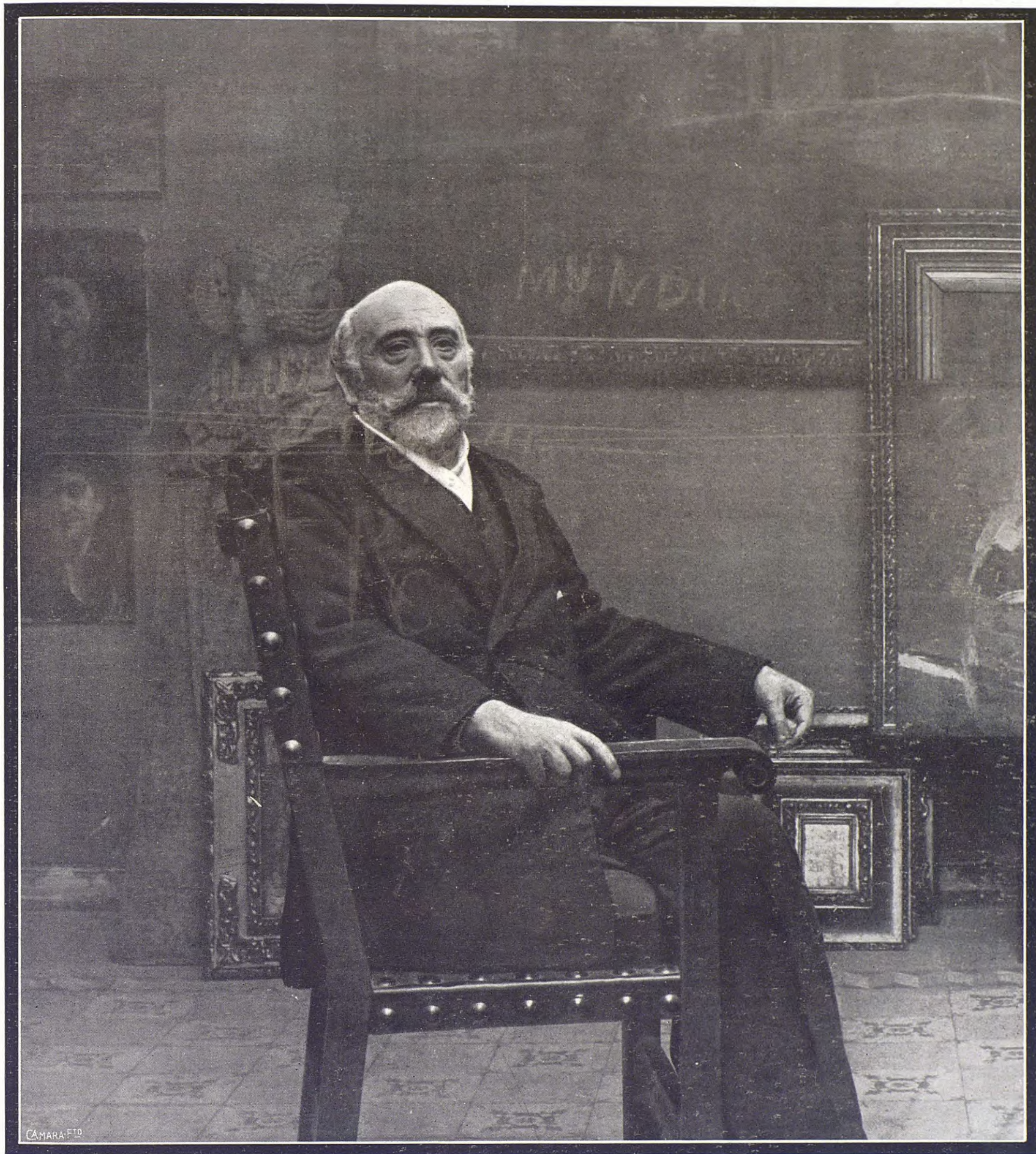


ANTONIA PLANA

Bella y notabilísima actriz que está obteniendo grandes triunfos en el teatro Infanta Isabel. FOT. WALKEN

*Antonia Plana ha vuelto á presentarse ante el público madrileño después de una estancia en los más importantes teatros de las provincias españolas y en los de algunas repúblicas americanas. Entonces, cuanto Antonia Plana trabajó en Madrid, la notable artista no había aún formado su personalidad. Su larga permanencia en otros teatros le ha servido para cultivar su espíritu, con la noble aspiración de buscar en Madrid la consagración de su talento. Actualmente, Antonia Plana es una de nuestras artistas más equilibradas y completas y está en posesión de todos los secretos de la escena. Su triunfo en el teatro Infanta Isabel puede darse ya por seguro.*

LA ESFERA  
MUERTE DE UN PINTOR ILUSTRE



**IGNACIO PINAZO CAMARLENCH**  
Ilustre pintor valenciano, que ha fallecido en Godella

FCT. RIVERO

He aquí otra gran figura del arte español que desaparece. Ignacio Pinazo Camarlench era uno de los más admirables representantes de aquel ciclo de nuestra pintura que comprende el final del siglo XIX y los comienzos del siglo XX. Conoció las amarguras de una infancia humilde, saboreó las luchas de una juventud entusiasta, alcanzó las más envidiables glorias, y años antes de morir su vida se deslizaba oculta y placida como un río tranquilo...

Cuando el año 1912, en aquella Exposición Nacional, por tantos conceptos interesante, le fué otorgada la Medalla de Honor, España saldó una deuda de gratitud contraída con el eminente artista hacía mucho tiempo.

Vivía modestamente de su propio trabajo, de aquellos retratos admirables por los que asomaba la psicología de las mujeres más bellas y de los hombres más ilustres de la España de la Regencia. Sobre sus huellas surgió todo el luminismo levantino que había de revolucionar la pintura contemporánea. Tenía un temperamento ágil, inquieto, nervioso, que se transparentaba en lienzos de extraordinaria movilidad, de cálido colorido y de líneas graciosas...

Además, era un hombre bueno, fundamentalmente, irreflexiblemente bueno. Y al irse de entre nosotros, deja, como los semidioses de las pagánias teogonias, una estela de luz y de bondad...

LA ESFERA

# PAISAJES ESPAÑOLES



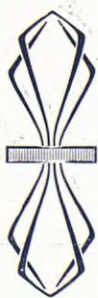
TIERRA GALLEGA, cuadro de Imeldo Corral

# HA MUERTO LA LUNA



En la Noche de Animas, la virgen Luna es una  
pálida Novia muerta de amor y de inquietud  
Un nubarrón siniestro avanza hacia la Luna.  
¿Será ese nubarrón siniestro su ataúd?

En la gran soledad de su morada bruna  
de dolor el Poeta ha dejado el laúd,  
y mirando á la Luna, su amada sin fortuna,  
siente que se le muere también su juventud.



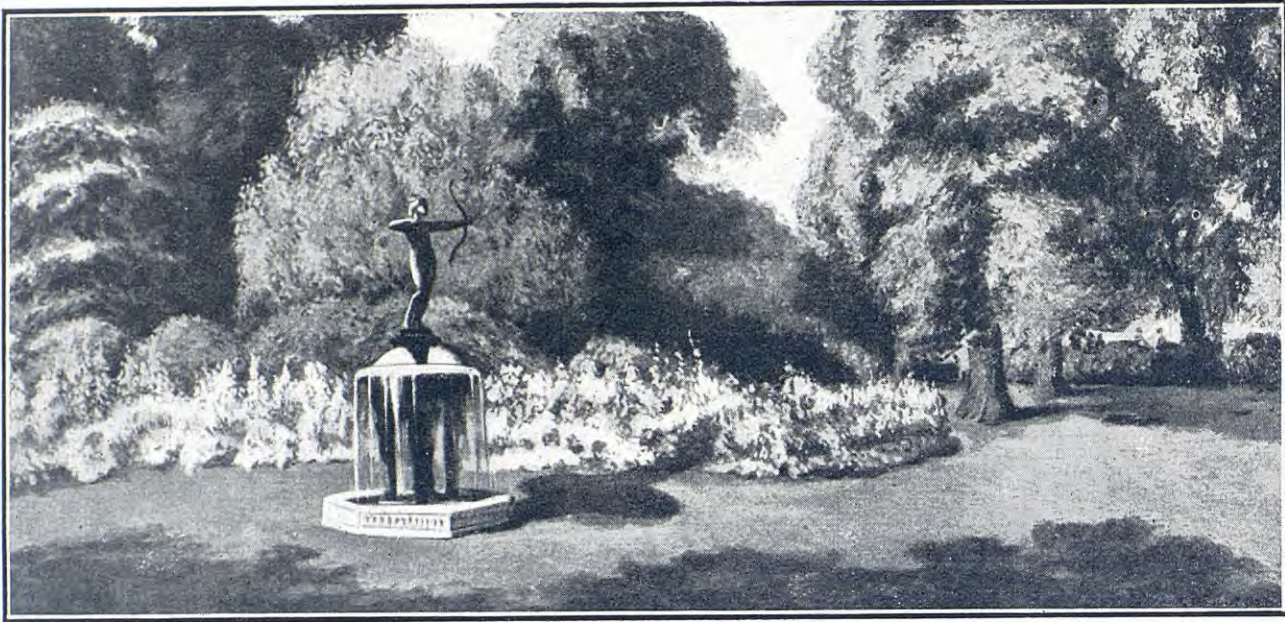
¡Oh, nocturno de Otoño, todo feío y quietud,  
en que el Espacio fingè una inmensa laguna  
donde las Horas largas se hunden con lentitud!

En la Noche de Animas la virgen Luna es una  
pálida Novia muerta de amor y de inquietud.  
Y el Poeta solloza porque ha muerto la Luna.

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

FUERA DE ESPAÑA  
LOS DOMINGOS EN HYDE PARK



Una fuente en los jardines de Hyde Park

EN el espacio de una noche parece que cambia por completo de fisonomía Londres. Es algo que á los extraños nos produce una gran sorpresa. Del sábado al domingo la gran ciudad ofrece dos aspectos contrapuestos, radicalmente diferentes. Durante los días laborables de la semana, el ruido ensordecedor de las calles aturde, desconcierta, en verdad marea. El río humano, á pie, en *cab*, en ómnibus, desfila tumultuoso, arrastrando sus actividades y sus preocupaciones, ya por Old Bond Street, donde se hallan las tiendas elegantes, ya por Pall Mall, donde están los clubs, ora á través del Strand, lugar donde se levantan los teatros, y á lo largo de Fleet Street, residencia de los grandes periódicos, sin contar las diversas arterias de la Plaza de la Bolsa, por donde circulan todos los negociantes de la *City*. Y nada digamos de las orillas del Támesis, donde centenares de miles de cargadores y marinos trabajan en los docks y en los muelles.

Pues bien, el domingo, todo ese tumultuoso movimiento desaparece como por encanto. Han cerrado sus puertas los restaurants elegantes de Picadilly; no es posible hallar refugio un momento en cualquiera de los sinnúmeros bars de Oxford Street; las casas, ya de ordinario misteriosas por su silencio, parecen más mudas aún, como si estuviesen abandonadas. El tránsito de carruajes disminuye considerablemente; el andariego afán de las gentes queda reducido á muy escasos y casi pudiéramos decir que solitarios paseantes. Londres se ha vaciado. Reina en el inmenso ámbito de la gran ciudad un silencio extraño y una sorprendente soledad. Las gentes, siguiendo una tradicional costumbre, han huído al campo buscando reposo ó esparcimiento, así como salud, en los pintorescos pueblecitos de los alrededores, en Greenwich, en Richmond, en Kew.

Apagado el bullicio de las calles, en las cuales reina el más espantoso aburrimiento, hay que buscar, para hacerse la ilusión de que se disfruta de las delicias del campo, un rincón de parque ó de jardín que, hermosos, espléndidos, tanto abundan en Londres. Para rumiar melancolías á solas es preferible recogerse á cualquiera de esos rincones apacibles de St.

James Park ó de Regent's Park. Pero para solazar el ánimo es cien veces preferible un paseo por las avenidas de Hyde Park.

Las tardes de los domingos están sus avenidas muchísimo menos concurridas que en los días ordinarios. Falta aquella extraordinaria animación de los jinetes y amazonas por Rotten Row; no hay el mismo desfile de carruajes lujosos por la gran avenida que bordea la Serpentina, el enorme lago.

En cambio hay donde curiosar, y se encuentran no pocos motivos para distraer el espíritu. En efecto, apenas franqueado Marble Arch, se encuentra uno con aquel rincón tan típico, donde tiene echadas sus raíces el Arbol de los Reformadores (Reformen Tree).

De ahí no se debe pasar. El espectáculo es bastante cómico para ojos extraños, pero demasiado instructivo para entendimientos observadores. En una superficie de quinientos metros á lo sumo se agolpa, por grupos, una muchedumbre pintoresca. Aquel rincón constituye una especie de club al aire libre.

Aquí las manos flacas de una mujer escuálida, de edad indefinida, golpea las teclas de un viejo harmonium, mientras que al son de la música re-

ligiosa, soldados, niñeras, algunos hombres graves y muchos niños de voces cristalinas, entonan solemnemente salmos bíblicos. Aquí, con un enorme cartelón detrás en que se lee en gruesos caracteres *The Salvation Army*, un señor respetable, encaramado en una especie de púlpito portátil, con acento de unción evangélica, truena contra los vicios que llevan al deshonor y á la miseria é invita á la templanza á los descarriados por el alcoholismo. Acá, junto á un estandarte con la llamativa inscripción *Women's Suffrage League*, una dama, con inspiración arrebatada, aunque sobria elocuencia, reclama la urgencia de conceder el derecho de voto para las mujeres. Cierzo que la predicadora tiene más talento que hermosura, pero una de aquellas muchachas que entre el grupo de oyentes procura vender el periódico de las reivindicaciones femeninas es ciertamente una de las beldades más estupendas que yo he visto.

Allá, sin grandes gestos, pero con tonos de convicción profunda, un conferenciante socialista lanza sus anatemas contra los poderosos de la tierra, amenazándoles con las más brutales represalias el día de la revolución social y de la justicia. En otra parte, un orador expone los males que acarrea el impuesto sobre el té, y otro recomienda los beneficios de la higiene privada, exhortando á las gentes para que se laven y asean, evitando así muchas enfermedades que diezman horriblemente, sobre todo en los barrios pobres.

Y en torno á cada uno de estos predicadores tan diversos las gentes se agrupan, graves, silenciosas. De pronto se oye la voz de un contradictor que, gravemente también, sin aires y mucho menos intenciones de disputa, formula sus dudas ó expone sus objeciones.

Nada caracteriza tanto la psicología del pueblo inglés como ese espectáculo de Hyde Park. Allí se ejercita plenamente la libertad británica, exponiendo cada cual sus opiniones sin restricción alguna, en medio del respeto de todos. Y aquellas predicaciones caen en las almas como semilla en surcos abiertos. De ahí arranca una fuerza moral colectiva que es el motor de un gran pueblo: ¡Merry England!



El Arco de Mármol, en Hyde Park

# UN MONUMENTO CATALÁN MOSÉN CINTO

El escultor catalán Borrell Nicolau ha terminado su estatua de Jacinto Verdaguer. Y si esta obra ya serena y grave en el propio estudio del artista, cuando todavía era una mole de rasgos imprecisos bajo los paños húmedos—mientras las figuras de la poesía popular y de la poesía mística sonreían, ya terminadas y erguidas bajo un palio de ramas verdes que transparentaban el sol y entre revuelos y sureos de paloma, cual en los pretéritos tiempos clásicos—ahora sugiere más profunda gravedad y seriedad.

Todo en la escultura de Borrell Nicolau responde a una eternización de la gran figura de aquel sencillo y noble espíritu que, dulcemente, la tarde del 10 de Junio de 1902, se extinguió en una quinta de la montaña de Vallvidrera.

Dos meses antes había muerto el doctor Robert, símbolo también del alma de Cataluña, más vigoroso, más recio, menos acomodaticio, y atento solamente al medro personal que estos modernos regionalistas de la *Lliga* que juegan a parodias centralistas y burocráticas. Menos simpático también que el humilde y seráfico *Mosén Cinto*.

El autor de *L'Atlantida*, de *Canigó*, de *Idilis* y *cants místichs*, de *Jesus Infant*, resumía, en efecto, todo el espíritu altivo y romántico de su raza mejor que el doctor Robert. Acaso únicamente Maragall podría contemplarle frente a frente sin inclinar ruboroso la cabeza.

Va la emoción por los libros epopéyicos y por las páginas líricas de Mosén Cinto, como una doncella gentil en una vernal mañana a lo largo de un jardín florido.

Dió a su vida el mismo norte idealista y místico de su arte, que tiene *l'agre del terror*. Dentro del sacerdote seguía agitando su *barretina musca* el mozuelo que el año 1865 se presentó en los Juegos Florales de Barcelona, con su traje de campesino de Folgarolas y con dos poesías tituladas *A la mort den Rafel Casanova* y *Els minyons den Veciana*.

Tenía entonces veinte años. Veintiocho, cuando en 1875 fué nombrado *Mestre en gay saber* por una de sus composiciones más delicadas y más íntimamente líricas, de la que son estas estrofas impecables:

Vora, voreta 'l riu  
me n'he guarnit un niu  
que'l sol hi toca;  
el cobricel es d'or,  
veniu, somnis d'amor  
bresseumbri a l'ombra.  
Qui'm fa de cobricel  
es d'un colom del cel  
l'aleta hermosa...

Y, sin embargo, no siempre se expresó con esta dulzura, con esta suavidad que le valiera el sobrenombre de *seráfico*. Si sabía cómo era el llanto de la tórtola, también sabía cómo era el rugido del león, cuando en su *Nit de sacnh* impreca al conde de Santa Coloma, diciéndole:

¡Comte de Santa Coloma,  
malviatge qui't pari!  
¡Que tants llamps caiguin en terra  
y que de tants cap te fir!  
El día que vares néixer  
fou un día maleit;  
més li valdria a ta patria  
que hagués nat un escorpí.

¿En qué piensa este Mosén Cinto creado por el talento de Borrell Nicolau? Es el Verdaguer de la madurez, cuando ya su dolencia y su pobreza, porque todo lo dió, le obligaron a recluirse en las austeras montañas de Vallvidrera. Tiene el ceño fruncido, no por la cólera, sino por la gestación del pensamiento.

¿Piensa estrofas heroicas cual desde *L'Atlantida* ó ternuras místicas, como las de sus *Idilios*? ¿O piensa acaso en el tránsito a las regiones ultraterrenas, donde no hallaría las amargas, desengaños y concupiscencias ajenas, que su patria le ofrendó en los últimos años de la humana vida?

No lo sabemos. Pero sí debió ser así este sacerdote poeta, que conocieron los hombres del siglo anterior, y que muy pronto se ofrecerá a los futuros como un ejemplo y como un reproche a los pseudo-filósofos y a los pigmeos polícuillos de hoy, que juegan a ser independientes, con sueldos fabulosos y rapacidades judaicas.

SILVIO LAGO



Estatua de Jacinto Verdaguer, obra del escultor catalán Borrell Nicolau, destinada al monumento que en honor del glorioso poeta y sacerdote habrá de erigirse en Barcelona

CUENTOS ESPAÑOLES  
**HISTORIA DE UN RAYO DE SOL**

**E**L gran Xenius yacía olvidado en el fondo de un calabozo.

Fué cabeza de peligroso motín que casi dió al traste con la paz del manicomio, y el director mandó ponerle en una celda de castigo, y ya no se preocupó más de él. Hasta el miserable cancerbero llevábale al pobre loco la comida y hacía brevemente la limpieza del calabozo, mudo é impasible, con indiferencia mecánica, sin preocuparse gran cosa del fracasado tribuno de los locos.

Este, por su parte, tampoco se daba cuenta de las entradas y salidas de su guardián, al que no miró una sola vez. Si Xenius, loco y todo, hubiera parado mientes en aquel «esbirro de la sinrazón», no hubiera sido Xenius.

Porque Xenius, á pesar de su locura ó quizá á causa de ella, era feliz, completamente feliz. Y ¡cosa increíble! El ilustre loco había encontrado la felicidad allí, en el fondo de su calabozo, después de toda una vida de lucha titánica con la Humanidad... y ya no se acordaba del género humano ni para hacerle sentir el peso de sus locuras ni siquiera para maldecirle.

¡Qué sublime concepto y cuán inasequible bien nos parece la felicidad y cuán pequeña cosa y fácil de conseguir es, realmente! Quizá para lograr la dicha le baste al cuerdo un punto de locura, y al loco una ráfaga sutil de lucidez. Xenius explicará esta antinomia...

Para Xenius, loco rematado y recluido en un calabozo obscuro, la felicidad era ¡un rayo de sol! La felicidad y el amor—que «todo es uno y lo mismo»—eran el rayo de sol que penetraba todas las mañanas por entre los barrotes de la ventana de su calabozo y le acompañaba en su forzada soledad hasta muy entrada la tarde, describiendo una curva parabólica tras la que caminaban todas las ansias del desequilibrado filósofo. La alta y estrecha ventana estaba orientada al mediodía, y he aquí cómo el capricho de un arquitecto llevó la dicha y quizá la lucidez al cerebro de un demente.

Xenius, émulo de Job, esperaba sentado en el suelo desde el amanecer la venida del pequeño rayo de sol... Y apenas iluminaba éste la lóbrega estancia, caía el loco sobre él intentando abrazarle con manotadas y besos de bienvenida; monologando melancólicamente y queriendo coger con sus trémulas manos el sutil polvo de oro que brillaba en raudas constelaciones fugitivas en el haz de luz áurea:

—¡Pequeños átomos y corpúsculos impalpables!... ¿por qué no os dejáis coger por mis garras amorosas? Sois el polvo vil que levanta al rodar el carro de Cronos! Sois la miserable estela que dejaron tras de sí las grandes victorias y los tremendos vencimientos; las poderosas civilizaciones y las vergonzosas decadencias;

el refinamiento exquisito y la estúpida barbarie! ¡Sois los átomos dispersos de las inmensas fortunas acumuladas por la avaricia; de los fuertes estados congregados por la ambición; de las extraordinarias convulsiones con que la locura fustigó á todas las razas! ¡El amor y el odio, la realidad y el ensueño, la vida y la muerte, la ciencia y el arte, todo, todo está aquí, girando en inquieto torbellino microcósmico dentro del rayo de sol! ¡Já, já, já! ¡Ahí está el oro de los cabellos de la madre Eva y el de la túnica recamada de Semíramis; el polvo de los sillares del templo de Salomón y el oriente de las perlas famosas de Cleopatra; las hilachas del manto sagrado de Tانيت y las broncíneas moléculas del vientre de Moloch; los átomos de las piedras de la tiara de Cambises y del nácar de los senos de Helena; los ecos de la lira de Homero y el centelleo de la espada de Alejandro junto con el pensamiento sublime de Platón y la ironía desvergonzada de Diógenes; el aullido de la loba de Rómulo y el polvo de las sandalias de César; las partículas férreas de los caballos de los bárbaros y el llanto de Boabdil; el estrépito de las Cruzadas y los ensueños de Mahoma; los suspiros de las Cortes de Amor y los siniestros rugidos de Barbarroja; la carcoma que devoró la imprenta de Gutenberg y el luminoso día del Renacimiento: la

grandeza de los Médicis y la onda magnética que imantó la primera brújula; la locura lúcida de Colón y las encrucijadas del alma de Lutero; la fastuosidad de Luis XIV y el genio de Federico el Grande; la audacia de Napoleón y la bravura española... todo convertido en polvo, en ese polvo que brilla, y gira, y huye dentro de un hermoso rayo de sol!... ¡Já, já, já!

Y el miserable Xenius reía «como un loco» en el fondo de su calabozo, persiguiendo con terribles manotadas á las inquietas partículas que brillaban dentro del haz de luz, huyendo, tornando y volviendo á desaparecer en rápidos giros. Xenius, enfurecido, las increpaba:

—¡Habéis sido, misérrimas gotas de polvo, luz de idea en el cerebro de Sócrates; cárdena fulguración en la avaricia de Sylock; reverberación roja en el alma neroniana: rosada luz de amor en las entretelas del alma de Don Quijote; alado genio creador en el corazón de Phidias; rayo en la nube, oro en el altar de Minerva, mármol en Paros, fósforo en el Océano, sol en el espacio, papiro en Egipto, plomo y sangre en las batallas... para venir ahora, convertidas en fugaz polvo áureo, á ser amadas por el pobre Xenius en el fondo de su calabozo! ¡Corpúsculos de oro y de luz: sois el pasado, sois toda la Historia... y no os puedo coger con mis manos

creadoras para amasaros otra vez, tornándoos á la vida con el poderoso aliento que mi sublime locura os infundiría haciéndoos renacer en la Grecia clásica, en el Egipto faraónico, en la Roma de los Césares, en la Hispania de Judibil y Mandonio, en la Italia del Renacimiento... para que Petricles y Aspasia, Ramsés y los Ptolomeos, Cicerón y Virgilio, Sagunto y Numancia, Leonardo y Rafael, volvieran á asombrar al mundo...— Y Xenius seguía la caza del polvo de oro que se le escapaba sin dejar en las uñas del loco ni una sola de sus partículas. Y rugía aún:

—¡Ven acá, polvo miserable, residuo ruín de tanta grandeza y esplendor! ¿Temes volver á tener forma, ser hombre, ser gloria y ser poder... porque temes al dolor? ¿Tanto habéis sufrido, pobres átomos, que no queréis que mi mano prometeica, poderosa, creadora, os amase otra vez y os haga revivir en forma humana llamándoos Abel, Miriam, Agar, Safo, el rey Sabio, Colón, Cervantes? ¡Por que sois, átomos de oro y de luz, la gloria, y el poder, y el amor; pero sois también el dolor y el martirio... reducidos á polvo y encerrados dentro de un rayo de sol para diversión de un pobre loco, del gran Xenius, que sería vuestro creador... si os dejárais coger!

Y reía, reía aquel filósofo de la locura en el fondo de su calabozo, con grandes carcajadas que hacían estremecer al planeta. De súbito, cesaba







de reír y con voz amorosa gemía, intentando abrazar con místico arrobamiento al rayo de sol :

—¡Yo os amo ! ¿No lo sabíais? Yo os amo porque me dais compasión... Lo fuísteis todo y no sois nada. Sois como la Historia, un fantasma dormido en el corazón de la Humanidad ; como el Pasado, una quimera, un ensueño del hombre diluído en un rayo de sol. Yo, en el fondo de mi calabozo, «deliro, luego existo». Pero ¿qué eres tú, Roma ; tú, Cartago ; tú, Egipto, Asiria, Arabia, Grecia ? ¡Polvo, luz... nada !—y Xenius, compasivo, suspiraba tristemente.

El original idilio del loco y del rayo de sol duró muchos días y fué una página sublime é inenarrable sólo interrumpida por la noche y por alguna nube envidiosa de la felicidad de Xenius.

Pero el gran razonador esperaba todos los días la venida del rayo de sol, que le traía en su seno un puñado del polvo de los siglos, y era feliz.

Un día fué relevado el director del manicomio y el idilio se interrumpió. El nuevo funcionario, en cumplimiento de su deber, visitó todas las dependencias. Llegó al calabozo de Xenius, dijeronle qué casta de pájaro estaba encerrado en él y quiso verle.

Contempló al ilustre loco contando los corpúsculos de oro del rayo de sol y dándole nombres fantásticos, y sonrió indulgente. Le habló y escuchó atento. Parecióle que discurría cuerda-mente, le tuvo en prudente observación y un día le dió de alta tornándole al seno de su familia porque ¡el loco estaba cuerdo !

Volvió al mundo Xenius y su poderoso pensamiento encontró al planeta desquiciado y á la Humanidad loca de remate...

Tales cosas vió y tan horrorosas, en las familias, ciudades, naciones y pueblos—incestos, robos, sacrilegios, delitos, guerras, incendios, fratricidios colectivos...—que aterrado y avergonzado huyó de su hogar y de las urbes y corrió cam-

po á través perdiéndose para los suyos en el misterio de una noche luctuosa.

.....  
Buscaron sus deudos al fugitivo, afanosamente por todos los ámbitos del planeta, sin encontrar al pobre Xenius. Ya le daban por muerto en alguna encrucijada á manos de algún héroe ó del trabuco en alguna hecatombe á manos de algún foragido ilustre, cuando una mañana abrilena, espléndida y magnífica, hallaronle en el fondo de su antiguo calabozo, contando los granos de oro que iluminaba el sol y gimiendo :

—¡ Sois el polvo de la gloria, de lo que fué ; pero sois la Paz ! ¡ Sólo en el polvo muerto de los siglos puede hacer su nido la Paz !— Y el gran Xenius lloraba como un niño en el fondo del calabozo de la casa de orates, melancólicamente abrazado á un rayo de sol.

B. MORALES SAN MARTIN

DIBUJOS DE ECHEA



Un quitasol

## LA TORTURA DE LOS TEJOS ÁRBOLES PARA FORASTEROS

**B**RINDAMOS estas páginas al jardinero mayor del Ayuntamiento de Madrid, que se empeña en colocar una florida alfombra delante de la severa Puerta de Alcalá. Si Carlos III y Sabattini alzarán la cabeza, se quedarán maravillados de que en estos tiempos de cultura se permita mezclar el orden jónico, todo austeridad y belleza de proporciones, con bordaditos en cañamazo. En el parterre del Retiro hay unos tejos—me parece que se llaman así estos señores árboles, pero no se tomen mis palabras como artículo de fe botánica—donde las tijeras de nuestros jardineros, cortando y redondeando, fingen extrañas figuras. Parece ser que el origen de estas violencias, cometidas por la mano del hombre en esos pobres árboles, se pierde en la noche de los tiempos. Y es ahí donde estarían bien las

alfombras floridas y demás caprichos jardineriles. Y para que nuestro jardinero mayor vea qué alta significación tienen los árboles resinosos ó verdes de hoja permanente y cómo pueden completar con toda dignidad el adorno de nuestros jardines, le diré, hoy que me siento erudito, que el rey de Asiria, Teglathfalazar I—no es un camelo, caballeros—, que reinaba aproximadamente por el año 1150 antes de Jesucristo, se enorgullecía, y así lo perpetuó en una inscripción hace poco traducida, de haber importado á Mesopotamia los cedros y los pinos encontrados en las provincias conquistadas. También le diré que en la época de Zoroastro—anteayer, como quien dice—las casas persas estaban rodeadas de cipreses piramidales que las defendían del rigor del sol. Acaso, por semejar otras especies de este ár-

bol una llama y alzarse al cielo con toda majestad, se le consideró digno de simbolizar las almas de los muertos. Fué ésta una invención de los fanáticos de la Tartaria china, y allá fueron enloquecidos los europeos á buscar ejemplares del ciprés fúnebre, así como de la isla de Creta se habían extraído los ejemplares del ciprés piramidal, como ahora los inteligentes en cipreses van á buscar á California el ciprés Lawson, verdadera maravilla en su género. Después de esta prueba de sabiduría y de decir que los cipreses que plantó Teglathfalazar I pudieron conocer á Jesucristo, porque estos arbolitos tienen la comodidad de vivir dos mil años, semestre más ó menos, advertiré que el Renacimiento substituyó al ciprés, que puede ser recortado y deformado, con el tejo, unas veces arbusto y otras árbol, que es posible



Una pagoda



Construcciones hechas con arbustos

que se llame también de otro modo en estas apacibles y anchas tierras de Castilla. El tejo es una especie de árbol domado y se somete á todos los caprichos de un jardinero que se haya vuelto loco.

A mí eso me parece una profanación. Está bien que el hombre intente completar á la Naturaleza, mejorando las plantas á fuerza de cuidados en el cultivo, de cruzamientos, de injertos, pero completar á la Naturaleza no es deformarla. La belleza de un árbol está en ser árbol; pero querer que un árbol sea bello porque imite una torre ó un paraguas ó un cisne ó el gallo de la pasión, me parece sencillamente una extravagancia y un delito. Claro es que á la forastería le gustan mucho estas curiosidades. En la aldea no se concibe que los árboles sean más que árboles.

Madrid, sin duda, está necesitado de esas cosas. En una gran urbe es conveniente que haya de todo. Yo, sin embargo, si fuera munícipe, pensaría seriamente en estas cosas, que, como verá el lector, tienen una gran influencia social. El Retiro es suficientemente grande para que en un cuartel de sus florestas pudiera crearse una espe-

cie de Parque de extravagancias. Sería ello como una exhibición de figuras grotescas; algo así como los espejos cóncavos y convexos que un industrial ponía en la clásica calle del Gato, y que era una de las mayores atracciones que tenía Madrid para los isidros.

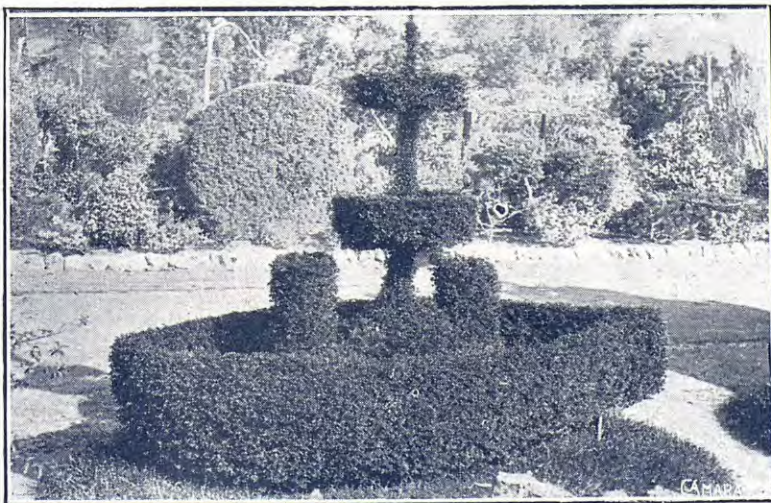
Pero en el parterre, donde los niños juegan, esos árboles retorcidos y torturados como los que Gustavo Doré dibujaba en la *Divina Comedia*, deben infundir en la tierna imaginación de la infancia ideas arbitrarias y producir ensueños terro-ríficos. Un árbol que se convierte en un gallo lo mismo puede convertirse en un trasgo ó en un ogro, en un duende ó en un fantasma. No me parece esa una prudente pedagogía.

Luego, ¿cómo convencer á los niños de que no debe torturarse á los pájaros, de que debe amarse á las flores, si ven que á estos pobres tejos se les mutila, se les deforma, se les atormenta con una crueldad que nos recuerda la página tremenda que trazó Víctor Hugo en *El hombre que ríe*?

No hay ningún sabio que se atreva á decir que la vida vegetal carece de sensibilidad. Claro es

que el dolor de la célula vegetal no será el mismo de la célula animal; será otra sensación, otra angustia, otro sufrimiento. Se puede infligir al vegetal, como al animal, una tortura cuando es necesario por una razón de utilidad humana; se puede cortar el fruto que nos alimenta y la flor que embellece y perfuma y encanta á los ojos; pero estérilmente, por capricho, por extravagancia, por brutalidad, mutilar una planta debiera ser tan grave delito como infligir un daño material á un hombre. A pesar de lo cual, si nuestro jardinero mayor quiere hacer en el Retiro una sombrilla, una pagoda india, una torre chinesca, unos cisnes ó unos jarrones, allí tiene tejos abundantes y ahí tiene los modelos. Y que aquella Junta madrileña de propaganda del turismo ó Comité de Iniciativas, á los que parece haberse-los tragado la tierra, incluyan cosa tan bonita entre las atracciones y monumentos que tiene Madrid para deslumbrar forasteros de la Mancha, la Alcarria, la Alpujarra, los Monegros, las Urdes y el Valle de Pas, que no tienen en sus tierras árboles tan estupendos.

DIONISIO PEREZ



Un acorazado



Jarrones de begonias

FOTS. BOYER

# SONATAS DEL OTOÑO



Otoño gris. La lluvia cae en mi corazón  
como lágrimas lentas del dolor de la vida;  
cada hora trae una nueva desolación,  
cada recuerdo es una vieja y sangrienta herida.

El cielo llora sobre nuestra bola podrida  
una pena de siglos con monótono son,  
y el Dios antropomorfo de la barba florida  
llora también mirando su triste creación.

¡Otoño gris! ¡Qué dulce, qué infinita tristeza  
en los mustios jardines! ¡Cuánta sed de belleza  
siente el pájaro azul de mi parque interior!

¡Oh, embriaguez de esta dulce añoranza remota  
viendo pasar la vida, que se va gota á gota,  
igual que una implacable clepsidra de dolor!

ooo

¡Sonatas del Otoño! Solloza en los jardines  
el alma de Chopin, en un rayo de luna,  
cuando en el viento cantan fantásticos violines  
y caen las hojas secas en la muerta laguna.

Fantasma del Otoño, que sopla en el fanal  
donde arden las más bellas floridas juventudes;

bajo el sol de oro viejo de la tarde otoñal  
van pasando, en hilera, los blancos ataúdes.

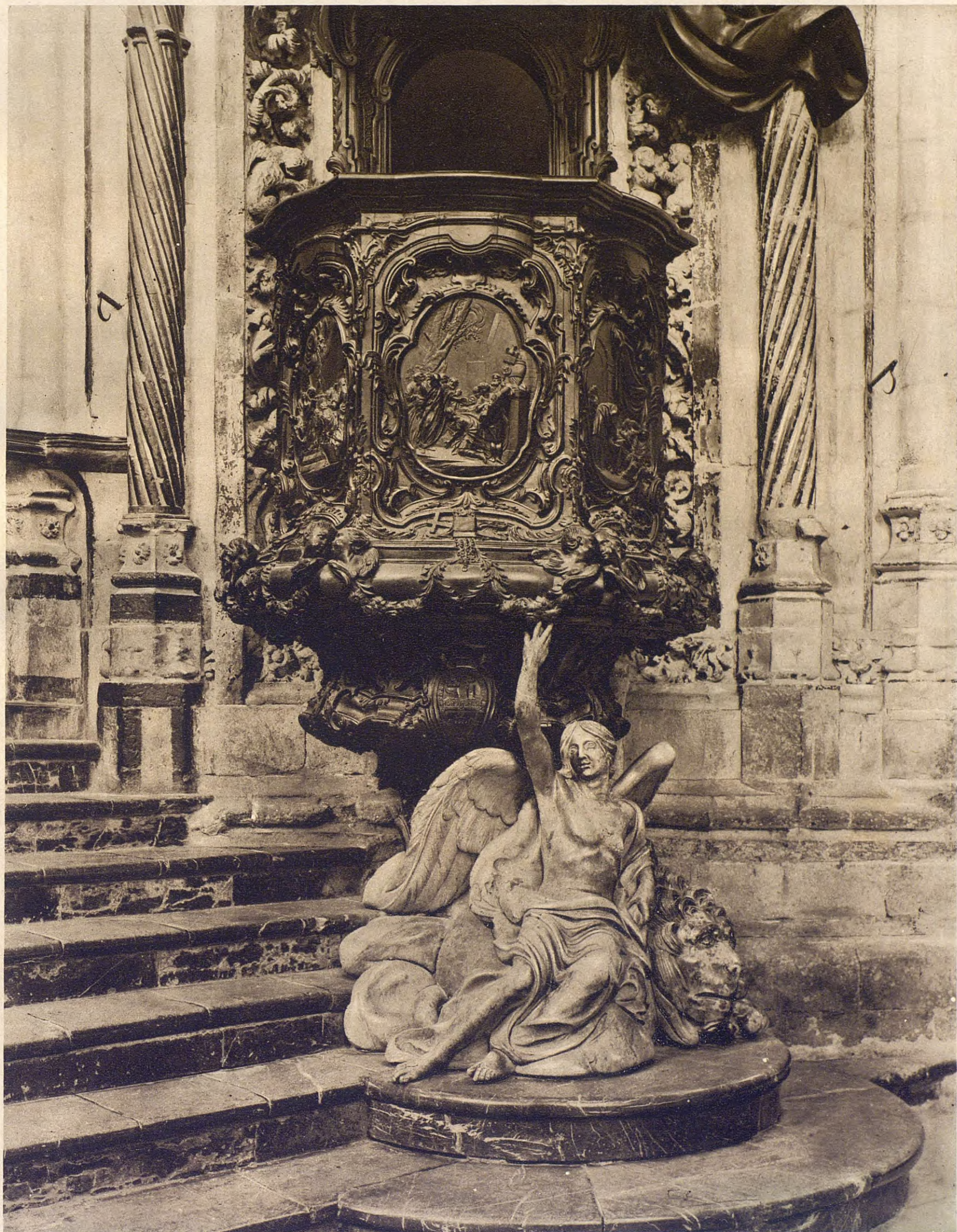
Crepúsculos de Otoño; el alma languidece  
en un divino éxtasis, todo azul, y parece  
que también se hace espíritu la carne macerada

como en un sueño mágico se pierde el alma incierta  
y hablamos, sin palabras, con una novia muerta  
que nos amó en las brumas de otra vida pasada.

E. CARRÉRE

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

LA ESFERA  
RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



HERMOSO PÚLPITO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Fot. Castellá



Sorprendente fotografía obtenida desde una de las crestas más elevadas de los Picos de Europa, en uno de los momentos en que las nubes, confundidas con la montaña, semejan un inmenso y embravecido mar  
(Esta fotografía la ha hecho nuestro compañero Campúa en el lugar mismo que el señor marqués de Villaviciosa de Asturias ha propuesto sea declarado Parque Nacional)

LA ESFERA  
ESPAÑA MONUMENTAL



ANTIGUO CLAUSTRO DEL PRIMITIVO REAL MONASTERIO DE SANTA CRUZ (TARRAGONA) Fot. Espinal

# LA INMORTAL



Por la negra escalinata del alcázar de la Muerte  
suben los blancos fantasmas de las bellas heroínas.

¡Oh, dolor!

Doña Helada, calva y rígida, les dice: «Soy la más fuerte»,  
«porque soy la más eterna, más que la Vida y el Tiempo,  
y el Amor...»

«Venid, pálidas amantes;  
venid, fantasmas errantes:  
vuestras galas terrenales quitaré.  
Vuestra efímera belleza,  
¿qué vale ante la pureza  
que os daré?...»

«Vana gloria todo era  
en la breve primavera  
del vivir.  
La verdad está en mi pecho  
y el placer está en mi lecho...  
Aquí la lucha se acaba  
y el sufrir...»

«Aunque mi faz os asuste  
y mi belleza no os guste,  
ya veréis,  
con el tiempo y la costumbre,  
sin temor mi podredumbre  
miraréis...»

«Y vuestra belleza huera  
en vacía calavera  
quedará,  
y la luz del pensamiento  
la frialdad de mi aliento  
apagará...»

«Con el Tiempo tengo pacto;  
todo muere á mi contacto:  
vida, voluntad y amor...  
Soy la que escancia el beleño  
que produce eterno sueño  
y da término al dolor...»

«Por mí, mujeres amadas,  
todas seréis olvidadas,  
siempre, al fin.  
Porque, al fin, vuestros amantes,  
aun aquellos más constantes,  
vendrán á mi camarín...»

«Yo soy la amante postrera,  
la eterna, la verdadera,  
sin temor...  
Todos, á vuestro despecho,  
olvidarán vuestro lecho  
por mi amor...»

«Soy la Reina Doña Helada,  
en el reino de la Nada  
sin rival...  
Todos me llaman la Muerte;  
pero yo soy la más fuerte  
porque tan sólo la muerte es inmortal...»

ooo

La fría voz de Doña Helada expira,  
mientras suben las negras escaleras  
los fantasmas gimientes, en hileras,  
como cuerdas vibrantes de una lira...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



## LA CORTE DE ESPAÑA



La reina doña Isabel II en la época de su casamiento con D. Francisco de Asís

## Las bodas de Isabel, hace setenta años

TODO el mes de Octubre del año de relativa gracia de 1846 vióse faustamente consagrado á tan grande acontecimiento cortesano como el que se suponía feliz enlace de la reina doña Isabel II, gentilísima doncella de dieciséis abriles, con su egregio primo D. Francisco de Asís, hijo de D. Francisco de Paula, menor de los de Carlos IV, y aquel precisamente cuya marcha de Palacio, que parecía furtiva, en la mañana del 2 de Mayo de 1808, había

dado la señal del alzamiento formidable. En cuanto á la madre del novio, era la aguerrida infanta Carlota, que en la memorable ocasión de La Granja puso sus blancas manos sobre el curtido rostro de D. Tadeo Calomarde. Andando el tiempo, cuando dejó viudo á su serenísimo esposo, el de Paula, que habitaba el palacio de la huerta de San Juan, no hace mucho tiempo deruido con sus anejos los Jardines del Buen Retiro, llegó á casar secretamente con su amante

la Teresa Redondo, mujer de grande aunque ordinaria belleza.

Volviendo á las bodas celebradas el año 1846, diráse que al propio tiempo que los esponsales de la Reina, celebrábanse los de su hermana la Infanta doña Luisa Fernanda, que enlazada con el hijo menor del rey Luis Felipe de Francia, tomaba á partir de aquel día el título de Duquesa de Montpensier.

Harto, y nunca lo bastante, habíase discu-

tido cuál era el más conveniente novio para la Reinita, ya que por fin llegaba la ocasión de que hubiera hombre en Palacio. No hay duda de que el más conveniente partido era el defendido por Balmes, quien con perfecto sentido común y político pedía que casara Isabel con el conde de Montemolín, heredero de D. Carlos María Isidro, y más tarde el Carlos VI de la Rápita. Ello hubiera evitado la segunda guerra civil y la permanencia de un bando legitimista dispuesto siempre á turbar la paz de España. Pero, dicho sea con todos los respetos, ocurrió que con el extraño acierto que suele presidir nuestros destinos nacionales, resolvióse la cuestión apartando además los candidatos extranjeros con cuyo enlace habríamos podido conseguir alguna ventaja internacional, y verificóse la boda con el de Asís Borbón, duque de Cádiz, muchacho inteligente, de gran cultura literaria y artística, pero lo menos á propósito para compartir los cuidados de un trono.

Pero así lo quiso nuestro absurdo destino y así fué. Réstanos ahora hacer una breve relación de lo que Madrid, que en aquellos días ardía en fiestas en su coso, hizo para celebrar el singular acontecimiento.

El día 10, á las diez y media de la noche, se celebraron los desposorios de los Reyes y de los Infantes en el salón de Embajadores del Real Palacio, y al otro día acudieron á velarse á la basílica de Atocha, acompañados de toda la Real familia y de un séquito numeroso y brillante.

A partir de este día comenzaron los festejos con que la corte de España demostraba su público regocijo. Las Casas Reales, establecimientos públicos y muchos edificios de la población estuvieron vistosamente colgados é iluminados durante el día 11 y los tres siguientes. En la Puerta del Sol, cubriendo la fachada de la iglesia del Buen Suceso, levantóse un pórtico fingido con columnas de granito de orden dórico. Sobre dicho pórtico, cuya decoración terminaba con dos angelones adorando una cruz, había un segundo cuerpo coronado por un frontón triangular, en cuyo tímpano estaba colocado un gran bajo relieve que representaba la Caridad. La iluminación consistía en profusión de vasos de colores, flameros y arañas en los intercolumnios.

Circularon por las calles de la capital, durante los cuatro días, ejecutando sus danzas y juegos de destreza, cuarenta y ocho parejas vestidas á la usanza de las distintas provincias españolas, y de ciento diez personas con trajes orientales, egipcios, chinos y de la más pintoresca variedad.

En la noche del primer día se quemaron los fuegos artificiales dispuestos por la villa en la esquina del Prado y la calle de Alcalá, siendo presenciados por la Real familia desde el palacio de San Juan. Estos fuegos estuvieron dirigidos por el polvorista valenciano D. Joaquín Minguet, y consistían, después de varios juegos pirotécnicos, en un templete de ocho frentes y un jardín cercado de un enverjado arabesco con arcos y palmas, y en cuatro columnas que sostenían otras tantas estrellas polares de doble transformación. El templete fué iluminado cuatro veces por llamas de bengala de diferentes colores, fuego chino y galerías de candelas romanas y chinescas; cuatro jarrones alumbraban imitando las auroras boreales, y una cuerda de truenos con un cañonazo, precedieron la salida del ramillete final de voladores, con grande lluvia multicolor.

El día 12 hubo en Palacio besamanos solemne, y por la noche verificóse en el teatro de la Cruz la función de gala dispuesta por la Villa.

Presentáronse la Reina y la Infanta igualmente ataviadas con traje de moaré blanco y manto que las crónicas de la época llaman de color invisible. Raro y admirable color. El Rey llevaba uniforme de capitán general con la banda de Carlos III, y el duque de Montpensier el de mariscal francés con la banda de la Legión de Honor y el Toisón de Oro.

Comenzó la función con un himno puesto en música por D. Joaquín Espín y Guillén, músico que gozaba de gran predicamento en su época, profesor del Conservatorio y padre de la musa de Bécquer. Representóse después el drama de Hartzembusch *Los amantes de Teruel*, y en un entreacto les fué servido á las Reales personas un refresco dispuesto por el Ayuntamiento, y les fué entregada una «Corona poética», que era inevitable en tales días. Para final de fiesta púsose en escena otra obra de D. Juan Eugenio, compuesta para aquella noche y titulada *La alcaldesa de Zammarramala*, obra de circunstancias y de alusiones que también podía haberse llamado *Las mujeres mandan*. A la noche siguiente tuvo lugar la función

pección de Milicias, el Depósito Hidrográfico, la Casa de Correos, el Ayuntamiento y la Casa Panadería. Entre los palacios nobiliarios sobresalieron el de Altamira, en la calle Ancha, el del Infantado, en las Vistillas, y el de Miraflores, en la Carrera de San Jerónimo. Y no deben quedar sin transcribirse los versos que ostentaban los transparentes de la Imprenta Real, en la calle de Carretas:

A LA REINA

La Patria, ¡oh, Reina!, á tu nupcial coyunda,  
deba la dicha que afanosa espera,  
y el trono augusto de Isabel Segunda  
lauros renueve de Isabel Primera.  
Tu rostro, iris de paz, astro de amores,  
en larga prole su trasunto vea,  
y á tus pies, deponiendo sus rencores,  
pueblo de hermanos el de España sea.

A LA INFANTA

A Luisa bendecid, hijas del Sena,  
do entre nubes el sol apenas brilla,  
que ella en su frente cándida y serena  
os lleva el sol hermoso de Castilla.  
Y tú, Luisa adorada y fiel consorte,  
cual hija tierna y cariñosa hermana,  
entre el amor y el fausto de otra corte  
no olvides que has nacido castellana.



El rey D. Francisco de Asís en la época de su casamiento con doña Isabel II

de gala en el teatro del Príncipe, con otro himno de Espín, la comedia de Moreto *El desdén con el desdén* y la pieza en un acto *El compositor y la extranjera*.

Hubo *Te Deum* el 14, y el 15 se declaró día de descanso, repartiéndose la suma de nueve mil duros entre los pobres, y obséquióse con un refresco á las tropas de la guarnición. El público aprovechó esta jornada para deleitarse con los adornos más notables de los edificios oficiales, entre los cuales quedaron como dignos de mención los Ministerios de Gracia y Justicia, Hacienda, Gobernación, Guerra y Consejos, el Senado y el Congreso, los cuarteles de Alabarderos, que estaba en la calle Ancha; el de la Guardia civil, en la calle de las Hileras, y de Santo Tomás, en la calle de Atocha; el Banco de San Fernando, en la calle de la Montera; el Gabinete de Historia Natural (Academia de San Fernando); la ins-

El Prado figuraba un gran salón chinesco. En medio de él, delante de la fuente de las Cuatro Estaciones, se elevaba un pabellón de colosales proporciones con campanillas y globos transparentes, todo iluminado de vasos de colores. Y al pie de ese pabellón había un gran tablado donde diferentes bandas de música alternaban tocando piezas escogidas. Calcúlábanse en sesenta mil luces las que ardían en esa iluminación, prolongada luego á lo largo de la verja del Jardín Botánico, en la que ardían infinitos vasos de color, y en cuyos pilares esplendían grandes flameros.

Pero los festejos más brillantes fueron, sin duda, las corridas de toros en la Plaza Mayor los días 16, 17 y 18. Fué el primero de éstos la función real de corte, en la que se presentaron á rejonear los cuatro primeros toros los caballeros en plaza nombrados de Real orden, D. Román Fernández, D. Antonio Miguel Romero, D. Federico Varela y Ulloa y D. José Cabañas, quienes salieron en magníficas carrozas acompañados de sus padrinos, conde de Altamira y duques de Abrantes, Medinaceli y Osuna, seguidos de veintiocho caballos briosos y lujosamente enjaezados. Con la primera carroza iba el matador Jiménez, (Morenillo), quien, con su cuadrilla, debía proteger al primer caballero; con la segunda el *Chiclanero* y la suya, con la tercera Juan León, y con la cuarta el príncipe de la totería de entonces Francisco Montes (Paquiro).

Hubo al siguiente día también caballeros en plaza, nombrados por el Ayuntamiento, y á tercero sólo fué servida la plaza por los lidiadores; por cierto que sólo se pudieron lidiar cinco toros, porque comenzó á llover con mucha fuerza. Dos días después, en la plaza de la Puerta de Alcalá, hubo un epílogo de estos festejos con una novillada de dos toros de muerte, danzas, cucañas y fuegos artificiales, todo ello costado por la Villa, y en que la entrada fué gratuita, mitad para el pueblo y la otra mitad para la guarnición.

Tuvo también el popular para su hartazgo y regocijo fuentes de leche y de vino en la Plaza Mayor. Y así acabó el cuento fastuoso de las bodas egregias.

Entretanto, los augustos y reinantes esposos celebraban bucólicamente la luna de miel. Y desdenando la solemnidad del alcázar, fuéronse á recoger poéticamente en la deliciosa soledad del placete de la Moncloa.

PEDRO DE REPIDE

# La moda femenina

ESCRIBO frente al jardín en la quietud silenciosa de la *serre*. Está la tarde en su brillante apogeo y el sol recorta sobre la menuda arena móviles círculos de luz.

En el agua verde del estanque hunden el ancho pico rojo los negros cisnes de la Australia, que tienen los cuellos redondos y arqueados como cuerpos de serpientes.

Por la unión de las cortinas de cretona con flores de vivos tonos, penetra un rayo de luz que viene á iluminar el niveo blancor de las cuartillas. Tengo frente á mí, sobre la mesita de mimbre, un búcaro de cristal con flores de la estufa. Yo no puedo vivir sin flores. Pienso, siento, duermo y amanezco con ellas. A mi espalda las airosas plantas de salón adelantan las verdes palmas y las abren sobre mi cabeza, como si fueran manos gigantes en ademán de amenazar. Una figurina, varias revistas ilustradas, un dibujo, sobres lacrados con cifras aristocráticas, abiertos de manera que denota mi nerviosa impaciencia, cartas de amigas, de lectoras, otras de quien no puede decirse, y un retrato. Con este retrato me pasa lo mismo que con las flores. Me acompaña siempre; al paseo, al teatro, á la reunión, á la iglesia... y que Dios me perdone. No puedo sustraerme á la ilusión de su compañía y si al volver de mis pensamientos cuando me abstraigo, ó al levantar los ojos del papel donde escribo ó de la labor que tengo entre manos, no me hallara con los suyos,

que me miran muy fijos, muy fijos, como si me preguntaran lo que ya saben de sobra, experimentaría un hondo pesar. Ahora mismo he hecho una pausa y le he visto como si sonriera animándome á seguir.

Y si no es por esta ligera interrupción que me ha permitido reclinar la cabeza sobre el alto respaldar de mimbre para contemplarlo bien y distraer un poco la mirada por la amplitud del jardín, que tiene la melancolía del otoño en las hojas que caen y en el aire sutil que riza la crista-



lina superficie del agua, no hubiera advertido que hablo sin reparar en que á mis lectoras no le interesan grandemente estas ingenuas expansiones mías, más propias de un libro de Memorias ó de un diario íntimo que de una crónica de modas.

Vamos, por tanto, á variar el tema de la conversación llevándolo por caminos de mayor interés.

La moda de otoño sigue sin alteraciones sensibles para la temporada invernal en cuanto á las prendas similares se refiere. Claro que las que son exclusivas del invierno se ajustan á un particular figurín que explicaremos.

Se consolida el imperio de la falda corta. Nuestras elegantes se encuentran muy bien con ellas, y aunque algunas no lo estén, ni lo hayan estado nunca, el hábito de verlas va disculpando los defectos, porque la vista se acostum-

bra hasta familiarizarse y el aspecto de juventud que presta á la inmensa mayoría de las damas es un motivo de gratitud y un gran fundamento para la defensa de tan maravilloso pensamiento.

Sigue también sosteniéndose la tendencia á la amplitud en la confección. Tela, mucha tela que permita una hechura airosa, de la que los grandes pliegues formen parte esencialísima y ofrezca un conjunto estético, de alta estima para los espíritus depurados. Indudablemente, la *toilette* actual es bonita y de una suprema distinción. No pensemos, como es lógico, en aquellas damas que carecen de las perfecciones bastantes para conseguir un total lucimiento, porque nada más difícil que reunirlos, y de aquí mi oposición á la forma presente de vestir; pero la mujer esbelta, de menudo y correcto pie, de elegante nacimiento de pierna, de proporcionada estatura, arrogancia en el busto, flexibilidad en la cintura y armónica proporción en la cadera, no ha encontrado, ciertamente, moda que más le favorezca, ni que de mejor modo realce los naturales esplendores de su hermosura.

Se insiste en que estas faldas, cada vez más anchas, son las avanzadas del miriñaque. Pero es cosa de resistirse á creerlo, porque no parece el tiempo actual, todo vida, nervios, movilidad y vértigo, el más adecuado para la resurrección de estos trajes, que en su complicación tienen el más formidable enemigo.

Lo que sí hay que creer es que en los grandes talleres se trabaja con incansable actividad. Dibujantes, artistas y modelos no tienen un punto de reposo buscando en las combinaciones del corte y la confección nuevas creaciones que someter á

# Trajes y sombreros

Otra novedad un poco sorprendente es el retorno de las mangas aquellas que se llamaron de *farol*. No las recordarán ustedes bien, porque yo las conocía sólo de referencia. En los modelos, dentro de la composición del vestido, no hacían mal. Daban, al contrario, cierta gracia al cuerpo, que se redondeaba en una línea segura de valientes turgencias, acusadas por el perfecto ajuste de la tela que vuelve á modelar totalmente la cintura, oprimiéndola y estrechándola sobre la pomposa redondez de las rítmicas caderas.

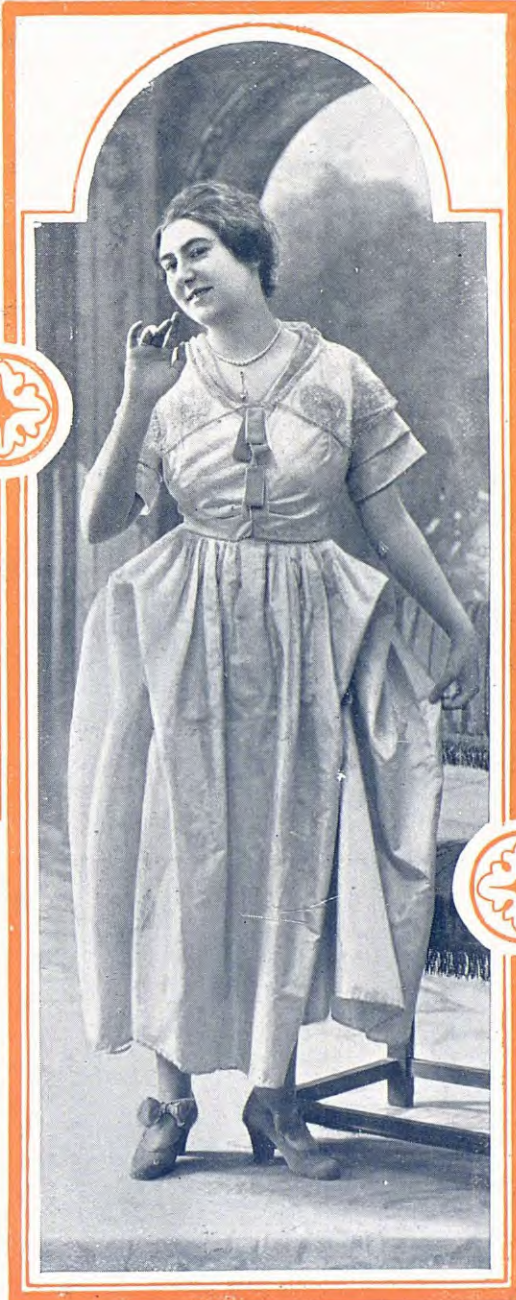
caso. Nada más difícil que revelar en una sola pincelada el acierto de un cuadro. Y bien mirado, esto se nos pide aquí.

Yo he pensado detenidamente en la solución de este pequeño conflicto, y no encuentro mejor manera de conseguir un buen resultado que responder á la sencillez del sombrero con la aristocrática sencillez del adorno.

He visto preciosas agujas muy grandes, de filigrana de oro, otras en las que se mezclan este metal y el platino en artísticos repujados y trabajos de orfebrería finísima; otras que tienen en uno de sus extremos figuras de animales en actitud de subir á lo alto de la copa, huyendo rápidamente con el terror pintado en los ojos, que son zafiros, ó rubíes, ó esmeraldas. El diamante rosa, el brillante pequeño y el *cabouchón* toman parte muy esencial en la hechura de estas joyas.

Y nada más puedo decir hoy. Voy á soltar la pluma, que es la hora de paseo. Va desmayando el sol y sus destellos bruñen las hojas de los álamos, que parecen de plata. Me avisan que me espera el coche y he de dar antes una vuelta por el tocador. Procuraré reunir noticias más interesantes para mi próxima crónica. Hasta entonces, pues, queridas lectoras, y perdonad que me despida del retrato... ¡Llevo otro en un medallón inseparable!

ROSALINDA



la infalible sanción de las damas de acreditado buen gusto. En el curso del invierno han de producirse transformaciones radicales, que vienen iniciándose con timidez, siguiendo el plausible procedimiento de no emplear bruscos ni violentos sistemas en la alteración de las formas en uso, sino la sustitución progresiva, suave, mansa...

Las pieles serán base de adorno y rico complemento de las *toilettes*. Con las pieles pasa lo mismo que con las plumas cuando se pasean en pleno triunfo sobre las copas de los sombreros ó sirven de único adorno en un artístico tocado. Que es preciso, si se quiere ir bien, huir de lamentables imitaciones, que por maravillosas que parezcan no sirven para engañar á los expertos ni para dar á los que no lo son la sensación exacta de la realidad.

Este año las pieles se harán compatibles con las fortunas modestas. Como novedad se ofrece una talma, una airosa esclavina de piel, que permitirá, por un coste relativamente pequeño, el uso de pieles de una completa legitimidad.

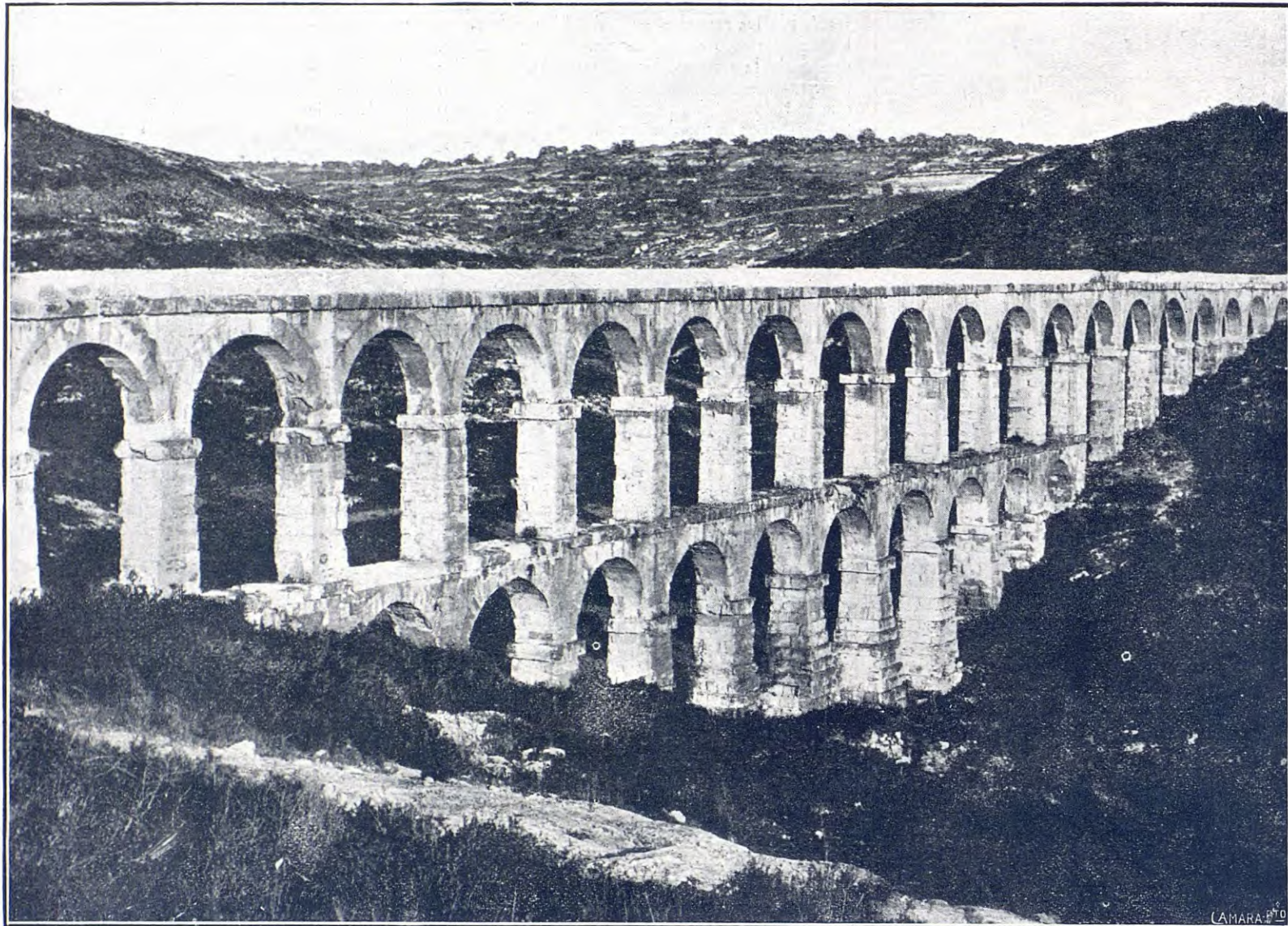
Indistintamente se usarán también unas capas-abrigos, todas de piel, muy amplias, sin forma, sujetas por un cuello muy ceñido á la garganta y con el borde doblado hacia afuera de forma que el blanco rosado de la cara resalte sobre el negro brillante de la piel. Estos abrigos, muy propios para salidas de teatros y salones, llegan hasta el borde de la falda, van costosamente forrados con sedas y brocateles bordados á mano y llevan, además, en el forro un pequeño bolsillo que es una sucursal del tocador: espejito, polvera, lápiz, color, todo tan bien dispuesto y acondicionado de manera que no estorba, ni hay signo exterior ninguno que denote su existencia.

Un detalle grato hay que apuntar antes de dar por acabado el trabajo de hoy. Es la aparición del sombrero «explorador», que favorece mucho, en general, cuidando únicamente de que el tamaño del ala, siempre sobre grande, para que preste el misterio de la dulce penumbra á la intención de la mirada, esté en relación con la estatura.

La nota característica de este sombrero debe ser la ligereza. Muy flexible, de fino castor, muy sedoso, muy sutil. Se colocará inclinándolo ligeramente hacia la izquierda y sujetándolo con una sola aguja. Como tal adorno es el único que consiente la nueva moda, en la aguja hemos de poner á contribución nuestra inventiva para prestarle algún espíritu á la sencillez absoluta del sombrero.

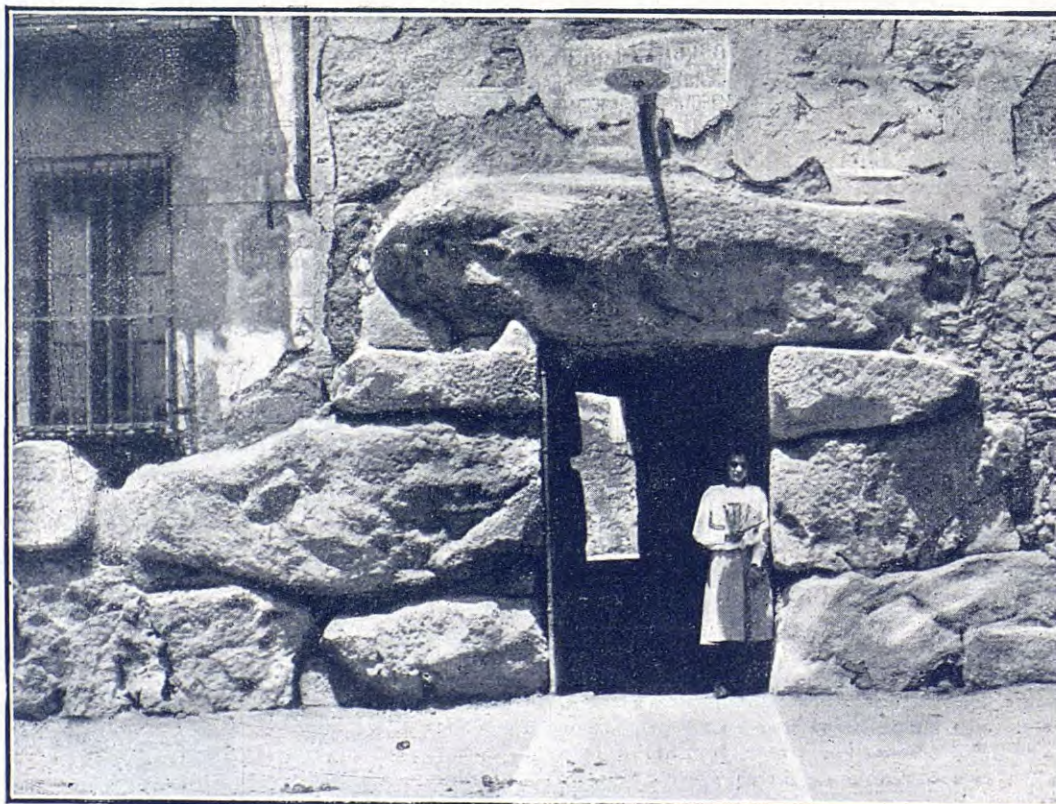
La idea es de una perfidia imperdonable, porque parece buscar premeditadamente nuestro fra-

DE LA VIEJA ESPAÑA  
**TARRAGONA**



Acueducto romano

VANO esfuerzo sería el nuestro si en estas breves líneas pretendiéramos hacer ni siquiera una ligera descripción de la hermosa ciudad de Tarragona. Sobre que sería una irreverencia el pretender aducir algún nuevo dato á las grandes obras escritas, con una autoridad que nosotros no tenemos, por sabios historiadores, no podríamos hacerlo en el breve espacio que este trabajo ha de ocupar. Estos mal trazados renglones son un pretexto tan sólo para ofrecer al lector las bellas fotografías que ilustran estas páginas, y en las que puede apreciarse, mejor que en una reseña prolija y detallada, la inmensa grandiosidad y belleza de esas viejas piedras que fueron testigos mudos de las violentas luchas y terribles batallas sostenidas por los valerosos y audaces conquistadores romanos que



Puerta de los Ciclopes, en la antigua muralla romana

á costa de su vida disputábanse la soberanía del territorio tarragonense.

Estas vetustas piedras, esparcidas por toda la ciudad, son el recuerdo vivo de aquellas lejanas épocas en que los hombres—los hombres recios y vigorosos de aquellas edades—luchaban denodados é invencibles hasta derramar la última gota de su sangre por gozar la posesión de las ciudades. Su desmedida ambición no tenía límites, y cuanto mayor era su poderío, más y más luchaban por engrandecer sus dominios.

No eran aquellas contiendas como estas de ahora, en las que el valor personal es un factor secundario y en que la victoria está encomendada principalmente á los sabios que en sus laboratorios buscan sin descanso en los abismos de la ciencia, para encontrar la droga maravillosa

que ha de aniquilar al enemigo, no. Entonces las luchas eran nobles, cara á cara, cuerpo á cuerpo, y cuando dos combatientes enemigos encontrábanse frente á frente, unían sus cuerpos en mortal abrazo y sólo se separaban cuando uno de los dos sucumbía, atravesado el corazón por el arma hidalgamente esgrimida por el adversario.

Nombres que todos conocemos por haber leído en cien volúmenes la historia brillante de sus hazañas bélicas, van unidos al de la hermosa ciudad catalana que nos ocupa: los Césares, Tubal, Gneo Escipión, Mario, Sila y otros muchos campeones que dejaron bien probada su bravura en cien combates, figuran en los anales históricos de Tarragona.

En el Museo Provincial de la ciudad existen restos de inestimable valor artístico, hallados en las frecuentes excavaciones que en aquellos históricos lugares se realizan, y que son objeto de gran atención por parte de los numerosos anticuarios y arqueólogos que visitan la región en busca de nuevos datos y detalles que añadir á su incansable labor investigadora.

También son notabilísimos algunos de los monumentos que se conservan en la ciudad y en sus proximidades, pudiendo asegurarse que los más interesantes, aparte la soberbia catedral, de la que nos ocuparemos algún día, son los restos de los antiguos baños, los del Circo romano, testigo de tantas crueldades, y los de la torre de los Escipiones. Asimismo es muy interesante, por su gran sabor de época, la famosa puerta ciclópea, cuya fotografía figura en estas pági-



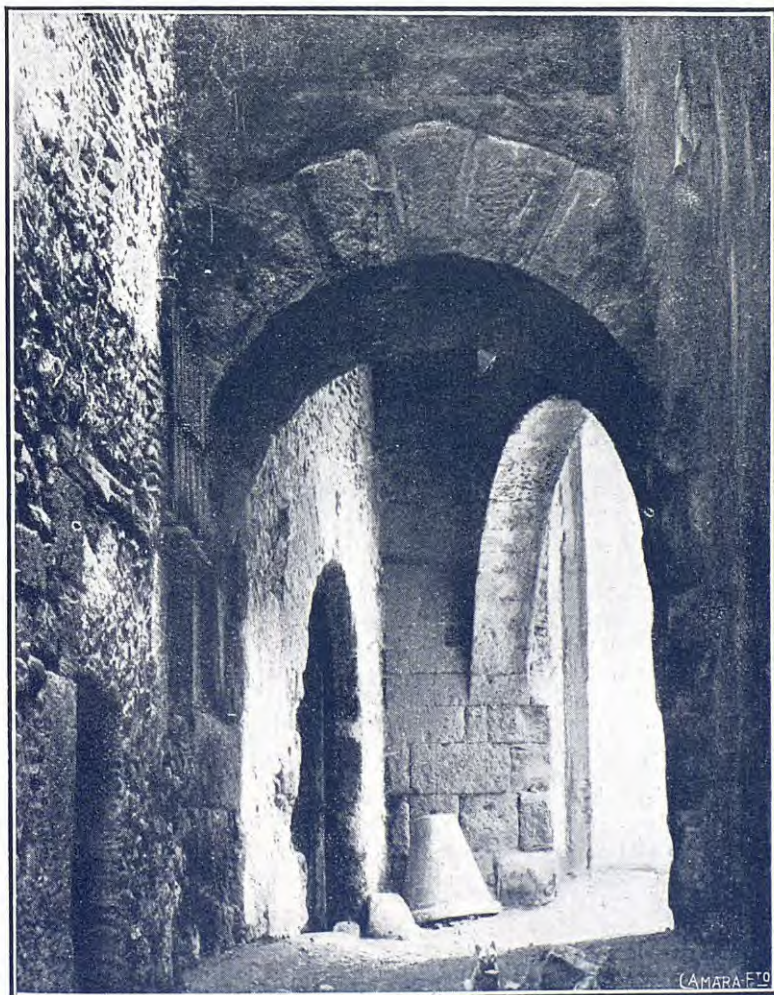
Casa antigua, en la plaza de Pallol

nas. Pero con ser muy importantes estos monumentos, considerados desde el punto de vista artístico, ninguno de ellos lo es tanto como el famoso Puente de las Ferraras, situado á una legua escasa de Tarragona y formado por dos cuerpos superpuestos y de estructura admirable. Once esbeltos arcos, de elegante línea, componen el cuerpo inferior de este acueducto, cuyos sólidos pilares se asientan en la parte más honda del valle en que está enclavado. En la parte superior del mismo fué colocada una hilera de veinticinco arcos, que actualmente está algo desmoronada en su parte central á causa de algunos desprendimientos.

La grandiosidad de esta obra, bastaría por sí sola para calificar como una de las más notables edificaciones de la antigüedad el Puente de las Ferraras, pero á esto ha de añadirse el que en la construcción del puente no se empleó argamasa ni trabazón alguna, y así las piedras que lo componen están asentadas sueltas entre sí, á pesar de lo cual la firmeza de la obra es tan grande, que ha resistido los embates de muchos siglos sin resentirse sino muy levemente. De este hermoso puente publicamos también una fotografía.

Mucho más pudiéramos decir de las bellezas arqueológicas que dentro del recinto de sus derruidas murallas encierra Tarragona, pero hemos de sacrificar al mayor tamaño de las fotografías el espacio que nosotros habríamos de ocupar con nuestro relato. Así como así, eso va ganando el lector...

ABELARDO QUINTANAR



Arco del foro romano



Puerta romana de San Antonio

FOTS. HIELSCHER

CAMARA-FOTO

## PRIMER AMOR



**P**OR qué te ruborizas, niña, cuando alguien sorprende el secreto—que si no es un secreto á voces, lo es á miradas—de tu amor? Si esa pasión constituye tu orgullo, ¿para qué ocultarla? Acaso temes las profanaciones y burletas de las gentes desengañadas ó de las que no tuvieron oportunidad de ser deliciosamente embaucadas. Tal vez, juzgándote á ti misma poseedora de una fabulosa riqueza como de estrellas y de piedras preciosas, que guardas en el corazón, no confías en el desinterés ajeno, y sueñas con robos y crímenes de pesadilla. Pero si tu rubor naciera del miedo á las chanzas ó las veras de amigos y enemigos, entonces no te ruborizarías cuando estás sola y contigo mismo, que de repente se te inflama el rostro, y si es de noche y no hay luz, en seguida acuden tus manecitas á tus mejillas por si es verdad que se desbordaba la sangre con su fuego... Niña del amor que ennoeblece, tu inquietud y ese sobresalto en que vives muriendo, es como un filtro de brujería, y lo compone no el peligro de los mortales, á quienes desdeñas porque tu amado se hermana con los dioses, sino que sufres porque adivinas la existencia de ocultas fuerzas misteriosas que pueden ahogar tu dicha, y la principal es la muerte. Y

lo compone también, y de ahí gozas, el acordarte de improvise de que eres feliz, como aquel que no heredó sus riquezas ni las ha ganado con una larga y prolija labor, olvida y se acuerda en relámpagos de emoción de su miseria de ayer y de su porvenir espléndido...

Ya te inició la vida en el amor, que igual que la creación divina, en un principio no es sino la nebulosa y el caos. Y mimosamente y como por revelaciones milagrosas, te hablan el sol, la luna, las rosas, la música y los versos. Y del amado comprendes sus silencios, no sus palabras, como no sabes si deseas la proximidad de su carne, ni si el amor consiste en algo más que en amar todo lo creado porque una criatura te ame á ti sola.

La iniciación en el amor no quiere decir el primer amor. Más tarde te explicarás este absurdo, acaso cuando ya la seda de tu piel se haya marchitado un poco. Y díselo á esos galanes españoles, tan mozos como inexpertos, que consideran definitivamente evaporada tu doncellez espiritual si ya fuiste novia, novieja—luna, luna—de un estudiantillo á quien conociste en un corro de juego de prendas, en otro día de iniciación, aquel en que te diste cuenta de que hay

en el almanaque, y en nuestro pecho, un mes que llaman Mayo florido. Se nace hermosa y se nace artista, pero hay que cultivar y depurar las condiciones y virtudes nativas. Así el temperamento del enamorado necesita de una labor de refinamiento, que sólo se practica con los reveses, con los fracasos de esos pequeños amores que conducen al grande y verdadero, como dos riachuelos desembocan en los ríos padres. Primer amor significa último amor, el que vence las nostalgias de los precedentes y mata en nosotros la curiosidad del futuro. ¿Cuándo surge el primer amor? Don Juan inspiró muchos primeros amores y no lo sintió, ese primer amor suyo, hasta después de muerto, en el cementerio, por obra amorosa de doña Inés.

Niña, novieja, no te preocupes así, ya vas á llorar, ya asoman dos gruesas lágrimas. Y no me quieras mal, que no ha sido más que una broma el decirte que andando el tiempo te apasionarás por otros hombres que no sean el amado tuyo de hoy.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE OCHOA



## VIDAS TRÁGICAS “¡DEMASIADO NIÑO!”

Fué como la voz simbólica de su ananké fatal. Le persiguió desde que su razón empezó á tener centelleos de conciencia hasta que se apagó en la eternal sombra y el perdurable silencio. Siempre que quiso auparse sobre la realidad le descendía la frase contra el cráneo, aplastándole y sobre el espíritu, enfriándole. Su vida, que él imaginó posible himno, se quedó en elegía; pero siempre con aquel estribillo ofensivo que le encendía de rubores vergonzosos el rostro y le hacía crispár cólericamente los puños.

Sus padres eran pescadores. Vivían en uno de esos puertos pequeños y detenidos en otro siglo de la Vasconia brava. Por un cerro trepaban las casas blancas, azules, amarillas, verdes, rojas, poniendo gayos remiendos sobre la túnica severa del monte empenachado de brumas. Como caídas en un pozo se movían las barcas dulcemente al pie de las casas y del monte. Sobre el aire trazaban cordajes y palos su desolada caricatura de un bosque mondado por el invierno. Cotidianamente, en las madrugadas oscuras é inhóspitas, pero preñadas de buenos días tranquilos para la mar y confiados en el sol, había inusitado movimiento sobre estas barcas; se izaban las velas—que en los retornos vesperales tendrían ese cadmio violento de las holandesas lonas infladas por el aire que riza y desriza los canales entre campos de tulipanes—y una tras de otra iban saliendo las embarcaciones al mar libre, como si abandonaran un cautiverio.

Sólo quedaban las viejas barcas podridas é inválidas y las que se calafateaban por manos expertas, pero ya temblonas. Quedaban frente á frente de los pescadores, también viejos é inútiles, sentados en el suelo del muelle, con las piernas colgando sobre el agua sucia que lame con lengüeteos silenciosos y espesos las piedras renegridas...

Las noches de los sábados, las tardes de los domingos, el pueblo se columpiaba, además de sobre el mar sobre las canciones. Cantaban los hombres en las sidrerías, sonaban los acordeones arcaicos y melancólicos y algún versolari de cuello ancho, calzones caídos y bozo rojizo como el de Nerón inventaba coplas en el dialecto hermético, al ritmo primitivo del pito y del tamboril; algún veterano de las fratricidas luchas entonaba con la voz temblorosa, silbosa y mojada de saliva, el *Gú guera*:

Ta gú guera  
Ta gú guera  
gabiltzanac  
gora berá  
etorri nayeán onerá...

Ignacio no tenía aún seis años y ya saltaba por entre las redes amontonadas sobre las cubiertas de los barcos y se detenía suspenso ante los hombres que repintaban los cascos convexos de sus embarcaciones y envidiaba aquella facilidad con que levantaban los pesados remos ó izaban las velas. Sabía zortzicos guerreros y amorosos y acudía con otros rapaces del pueblo á escuchar los relatos sencillos y enfáticos, cual los de antiguos rapsodas, los viejos pescadores que corrieron galernas y aventuras en fechas remotas.

Y por las noches, al acostarle su madre, lloraba y pateaba de precoces ansias. El quería salir con el padre á la mar, quería ver cómo se hundían las redes en el agua, cómo se besaban los escapularios y se mostraba el puño cerrado al cielo cuando las tempestades; quería ser de los remeros vestidos de fiesta que iban con la trainera veloz, ligera y recién pintada á las regatas estivales de San Sebastián.

Pero sus padres sonreían, le pasaban la mano

áspera y fétida sobre los cabellos rubios, y decían:

—Espera aún. Eres demasiado niño.

Pasaron los años. Era ya un mozalbete de catorce y salía con su padre y manejaba de cuando en cuando remos y limpiaba la barca y portaba los cestos donde rebullía la plata inquieta del pescado. Y por entonces se enamoró. Con ese amor romántico é impulsivo de los niños que anticipan su juventud ó de los cincuentones que la retardan.

Ella se llamaba Martina. Era hermana de uno de sus compañeros y novia de otro. Por las tardes venía á buscarla y tornaban al pueblo los cuatro juntos. Los novios se quedaban atrás para abrazarse y decirse palabras dulces con las bocas juntas. Ignacio los veía y se sentía morir de celos y de rabia.

Un día se declaró á Martina. Ella se echó á reír.

—¡Bah! ¡Eres demasiado niño todavía!

Entonces pensó matar al novio de Martina. Lo esperó una noche al salir de casa de ella, y con la misma cuchilla con que le enseñaron á destripar pescado, saltó sobre él y le degolló.

Pero no pudieron condenarle los Tribunales de Justicia. El abogado defensor lo dijo, lo confirmó el fiscal, lo ratificaron los Jurados.

—¡Era demasiado niño!

Demasiado niño para la mar, para el amor y para el crimen, tal vez no lo fuese para la muerte.

Entonces, una noche, con su misma faja, se ahorcó como si fuera un hombre.

Y ésto le evitó oír una vez más á todos los que le conocían:

—Era demasiado niño aún para pensar lo que ha hecho.

Luis F. HEREDIA

CUADRO DE AURELIO ARTETA



# EL CEMENTERIO DE VALENCIA



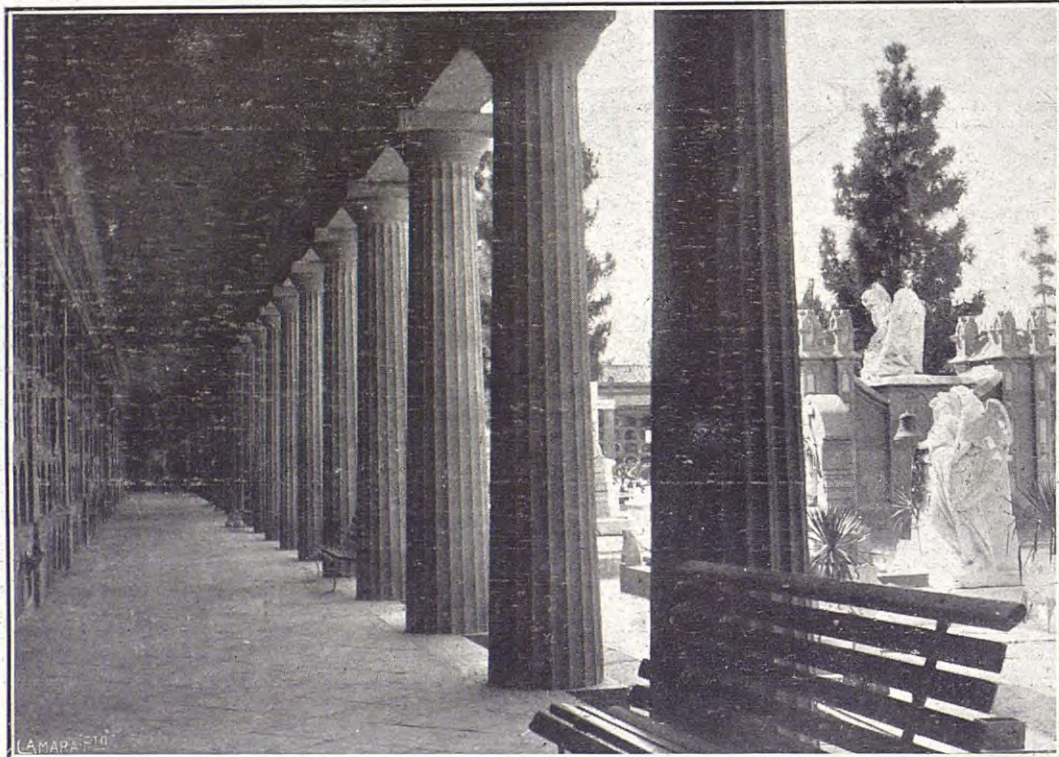
Grupo de panteones, del escultor Cortinas



Panteón Peris, obra de Carbonell

VALENCIA es jardín de artistas, lo cual se refleja en todos los detalles de la ciudad del Turia. Y su necrópolis, necesariamente se había de convertir en un preciado museo, encubriendo su lúgubre ambiente con un velo de poesía. Escultores y arquitectos, secundados por artífices marmolistas, pintores, bronceístas, jardineros y vidrieros, han puesto de manifiesto un admirable puñalito de inspiración artística.

El cementerio general, propiedad del Ayuntamiento, fué inaugurado en 1807 y se encuentra situado al Oeste de Valencia, á un par de kilómetros, en el camino de Picasent, y frente al cementerio civil. Una recta carretera y un tranvía le comunican con la población. Su parte antigua y central es un paralelogramo de gran



Claustro que circunda la gran plaza del Oeste en la nueva Necrópolis

anterior; el de Moragues, obra del escultor Vicente Navarro; el de Peris, por Carbonell, y otros muchos.

En nuestros tiempos se ha ensanchado el antiguo solar de la necrópolis valenciana con dos anchurosas plazas situadas á Levante y á Poniente del primitivo solar, los cuales suman dos tercios del total plano resultante.

Rodean las nuevas plazas elegantes claustros que guarecen aceras cubiertas y con seis órdenes de nichos.

El centro queda descubierto para andenes, enterramientos, panteones ó mausoleos.

Nuestras adjuntas fotografías nos relevan de hacer más extensas y pesadas descripciones.

Dr. Carlos SARTHOU CARRERES  
I. C. de la Real Academia de la Historia

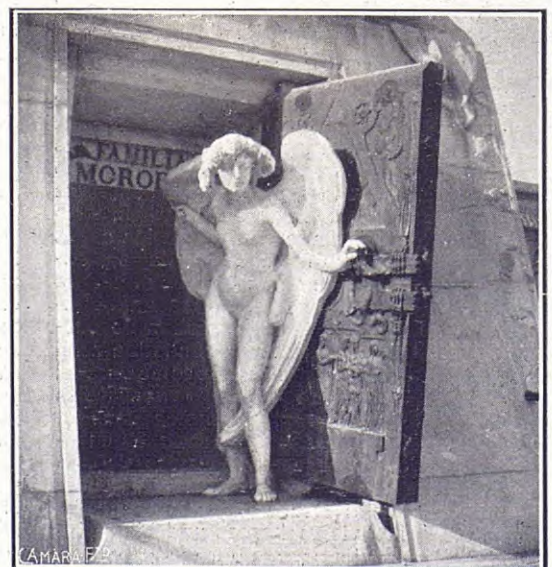


Mausoleo de Amparo Moragues, obra del escultor V. Navarro

extensión dividido en numerosas calles de nichos y varias plazas con panteones particulares.

Desde la entrada principal á la capilla conduce un ancho paseo con pavimento enlosado, alumbrado eléctrico y festoneado, por ambos lados, de árboles y mausoleos.

A mediados del pasado siglo no había otros panteones que el del Ayuntamiento, marqueses de Caro, barones ilustres y comerciante Romero. Hoy sobrepujan en elegancia y riqueza centenares de ellos, inspirados en el mejor gusto. La mayoría son de mármol de Carrara. Los del pasado siglo daban su principal importancia á la arquitectura, disputándose el espacio por sobresalir en altura y dimensiones y resultando verdaderas capillas de varios órdenes. En nuestros días, con mejor acierto, se prefiere la calidad á la cantidad; y la escultura se lleva el principal papel decorativo, relegando la pretenciosa arquitectura á un secundario lugar adjetivo. Entre los primeros merecen especial mención los panteones dirigidos por el arquitecto D. Manuel Cortina (por ejemplo, el de la familia Puchol). Entre los segundos podrían hacerse innumerables citas. El de Moroder, por el escultor Mariano Benlliure; el de Giner, situado cerca del



Detalle del panteón de Moroder, obra de Benlliure  
FOIS. SARTHOU

ESCENAS DE LA GUERRA



Soldados rusos emplazando un reflector en el interior de un bosque

DIBUJO DE DAD

DE NORTE A SUR

Un abanico histórico

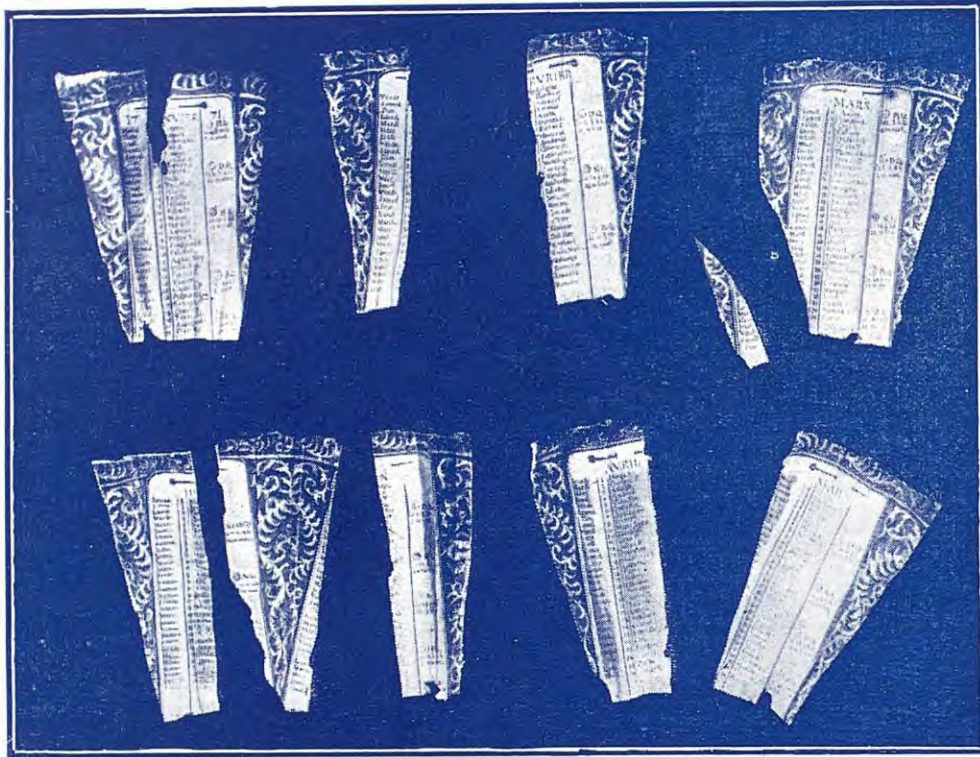
No siempre ha de buscar la imaginación motivo para sus comentarios en extranjeros episodios. Déjense también de cuando en cuando sobre nuestra vida nacional, que también en ella abundan los sucesos inspiradores de apostillas y glosas más ó menos acertadas.

Ved, por ejemplo, este abanico que vuelve á agitarse en manos de una reina, después de tanto tiempo, de más de un siglo en que yacía roto, sin varillaje, en pedazos que no se creyó nunca existiera artífice capaz de unirles.

Rozó el rostro perfecto y desdeñoso de María Antonieta de Lorena-Austria, en los días sonrientes y felices de su juventud. Tal vez lo moviese con su activa coquetería en las fiestas palatinas, cuyas etiquetas desdeñaba, y en la que se ponía de manifiesto su fatal influencia sobre el débil y anodino Luis XVI. Acaso en la noche del 6 de Octubre de 1791, lo crispó entre sus manos ensortijadas, y señalaría con él desde los balcones de las Tullerías, quizás los grupos de revolucionarios, de donde habrían de salir sus verdugos.

Perteneciente á la casa de Austria, este abanico de la reina frívola é infortunada, vino á poder de la Reina madre Doña María Cristina.

Largo tiempo se posaron sus trozos de vitela sobre el terciopelo y detrás de los cristales de una vitrina. Se consultó á diversos artistas extranjeros, se remitió á diferentes puntos de Europa, y nadie se atrevió á intentar la restaura-



Un abanico histórico.—Trozos de un abanico que perteneció á María Antonieta, reina de Francia, propiedad hoy día de la reina doña María Cristina, y que ha sido restaurado hábilmente por el miniaturista D. Gabriel Ochoa

ción, diputada por difícilísima, cuando no imposible.

Y entonces se pensó en un artista español: Gabriel Ochoa.

Es el restaurador de la Biblioteca Nacional. En estas mismas páginas hemos hecho el elogio de este miniaturista admirable, que parece reencarnación moderna de aquellos benedictinos hagiógrafos de Saint Gall ó de Saint Remy, ó de aquel clérigo Julio Propio, que á fines del siglo xv empleara siete años en pintar una proce-

sión para un Códice litúrgico.

Maestro en Hermenéutica Paleográfica, es también un experto, elegante y galante retratista en marfil, á la manera de Isabey, de Eugleheart, de Agustín, de Perronneau.

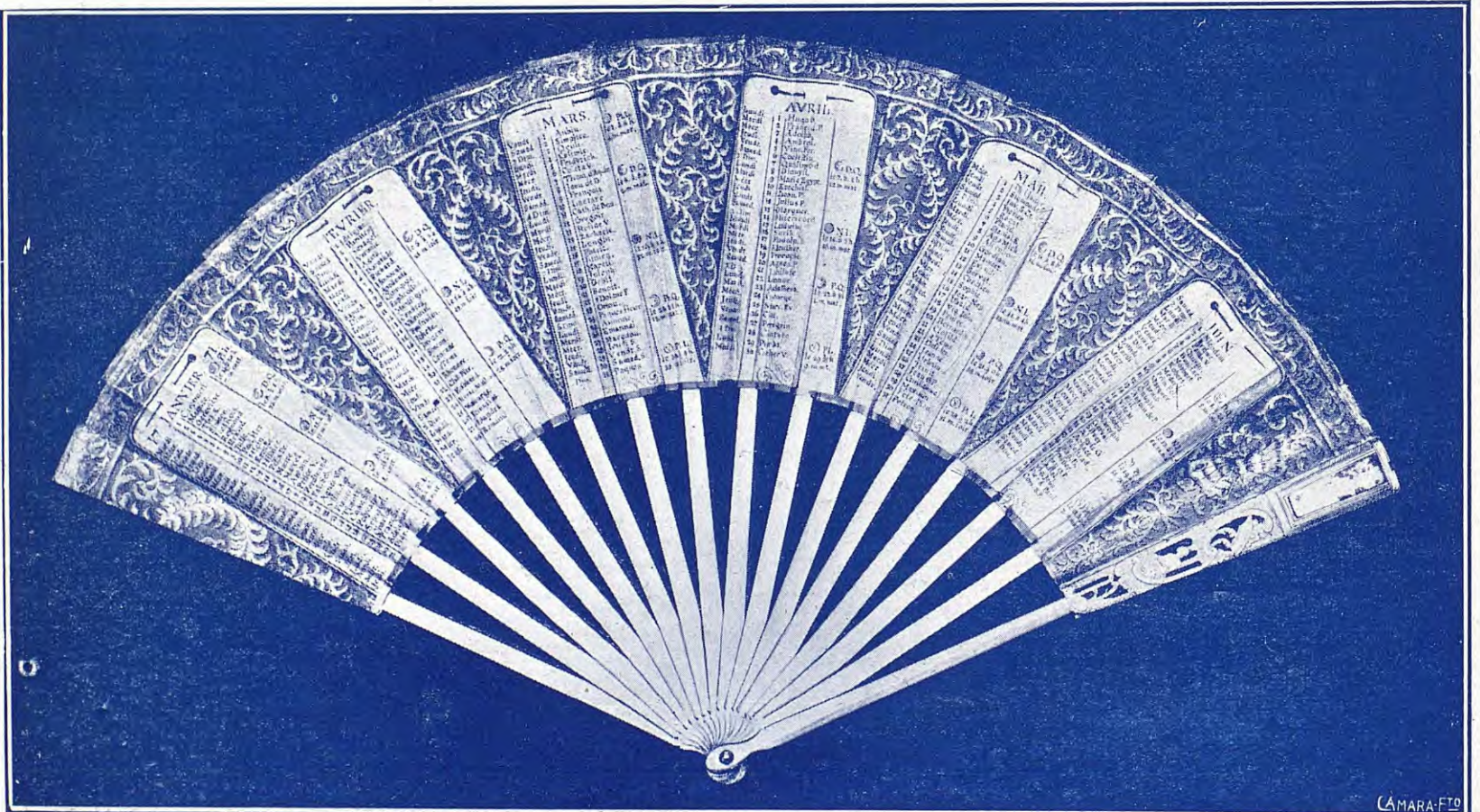
Y por último, lucha con el tiempo y con su terrible aliada la carcoma, para salvar de ellos á códices é incunables de la Biblioteca Nacional.

Este fué el artista elegido, cuando ya fracasaron las tentativas de los más hábiles y expertos de toda Europa.

Cerca de un año ha empleado en la restauración del histórico abanico. Las dificultades eran enormes. La paciencia necesaria capaz de vencer al espíritu más voluntarioso. Ha sido preciso emplear pasta de papel de la misma época y año disuelto en ácido clorhídrico, para unir y rellenar los fragmentos; hacer un estudio detenido de los santos que aparecen con tinta diferente de la empleada en los demás del calendario, y que correspondían á individuos de las familias reales de entonces.

Vuelve á reposar, pero ya completo, sobre la regia vitrina, el abanico de María Antonieta. Es como un símbolo de su historia trágica, que solo se conocía fragmentariamente, por relatos y escritos aislados de sus defensores y de sus adversarios, y que un paciente investigador ha reunido en una serie de obras considerables acerca de la mujer que pasó del más intolerable orgullo á la humildad suprema.

José FRANCÉS



El abanico de María Antonieta, restaurado por el miniaturista D. Gabriel Ochoa